

***BOCADILLO: ENTRE LA GUAYABA Y EL SESO, PINCELADAS DE UN
ARTILUGIO INCIERTO***

MARTHA PATRICIA HERRERA TORRES

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.**

2014

***BOCADILLO: ENTRE LA GUAYABA Y EL SESO, PINCELADAS DE UN
ARTILUGIO INCIERTO***

MARTHA PATRICIA HERRERA TORRES

Trabajo presentado como requisito para optar al título de
Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena

Asesor:

EMIRO SANTOS GARCÍA

Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe
de la Universidad del Atlántico

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.

2014

Agradecimientos



Umm... agradecimientos...
Como complicado el trabajo,
Pero bueno en tal caso mencio-
naría a mis papás por estar siempre
ahí diciendo "mira que la educación
es lo único que te queda". A mis
amigos y profesores por dotarme
de conocimientos y aventuras. Ah,
y obviamente a Dios, por estar
Presente en cada una de esas
personas que encajan dentro
de amigos y familiares.
Porque a partir de él
se inició todo...

Ja, Ja, Ja... con esto
solo espero que ninguno
se sienta excluido, total
es una página que pocos leen.
Y ya saben "Al final
todos moriremos".

RESUMEN

Lo que se presenta a continuación, no es otra cosa que trozos de bocadillos bajo el manto de la narrativa del caribe colombiano propuesta por la autora en cuestión: *Martha Herrera Torres*. Razón de esto, una mezcla entre la tradición oral y la escrita, en la que la temática a tratar es muerte. Ésta contemplada desde diferentes puntos (de aparición y desarrollo), con personajes dispuestos a llevar acabo su ejecución, quizás por placer o por que las circunstancias así lo indiquen. Los paisajes que se dibujan a partir de cada acto se vuelven subjetivos según las características que presente el narrador, los personajes, los contextos o las tensiones que se puedan generar.

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO

1. LA TINTA DE LO OSCURO.....	1
--------------------------------------	----------

1.1 OBRA SIN SESOS: DEL MATANCERO Y SUS POSIBLES

ARTIFICIOS.....	11
------------------------	-----------

NARRATIVA

1. AL FINAL TODOS MORIREMOS.....	20
-----------------------------------------	-----------

2. ROJO Y NEGRO.....	22
-----------------------------	-----------

3. BELLO VERDE, VINO ROJO.....	27
---------------------------------------	-----------

4. SOLILOQUIO DE UN ALMA QUE SE ARRASTRA.....	31
------------------------------------------------------	-----------

5. ABSURDA PALABRERÍA.....	33
-----------------------------------	-----------

6. DIOS SABE COMO HACE SUS COSAS.....	37
----------------------------------------------	-----------

7. INVOCACIÓN.....	41
---------------------------	-----------

8. LA BIEN PAGADA.....	44
-------------------------------	-----------

9. TAMAR.....	48
----------------------	-----------

10. CARTA A UNA MOSQUITA MUERTA.....	51
---------------------------------------------	-----------

11. NO DUERMAS.....	54
----------------------------	-----------

BLOGRAFÍA.....	56
-----------------------	-----------

O
L
L
I
D
A
C
O
B

● **ENTRE LA GUAYABA Y EL SESO, PINCELADAS DE UN ARTILUGIO**

● **INCIERTO**

I

LA TINTA DE LO OSCURO

Cartagena, Bolívar (Colombia)
31 de Diciembre de 2014.

“Cada cosa que hacemos, cada paso que damos es un golpe que inmortaliza toda posibilidad de existencia. Y no faltará quien hable de resurrección o encarnación, pero esto sólo lo sabrá aquel que se haya dejado abrazar por el frío de su manto”.

La autora

“La oscuridad no afectaba para nada mi imaginación, y en un cementerio no veía yo otra cosa que un lugar donde se depositan los cuerpos humanos privados de vida, para ser pasto de los gusanos.”

Mary W. Shelley, *Frankenstein*.

Cordial saludo.

Estimado lector, a continuación usted encontrará una serie de reflexiones acerca de lo que es, desde mi punto de vista y experiencia, el ejercicio de creación literaria, tomando como modelo inicial una breve lista de cuentos de mi autoría. Con esto no pretendo dominar o reducir la esencia de lo literario, sino todo lo contrario: dar cuenta de la amplitud del campo artístico. De aquí que las siguientes líneas tengan como única intención mostrarle cuáles han sido algunos de los elementos extraliterarios que median entre lo propuesto y el resultado.

Todo ejercicio de creación literaria –y puede que le parezca arbitrario– ha de tener un inicio (o punto de partida) que lo conduce a ser en sí mismo o a fracasar en el intento. Estos son en muchas ocasiones el resultado de una serie de interacciones sociales a las que se ve expuesto su creador, sean estas familiares, políticas, deportivas e incluso con los iguales. Diferente es también aquella postura que dice que “es la mántica voz de la Musas, la voz del daimonión la que habla a través del artista” (Steiner, 2001: 61, citado por Ostfeld de Bendayán: 2006). La misma voz que asegura Nietzsche lo condujo a escribir uno de los textos más conocidos de la filosofía moderna: *Así habló Zaratustra* (1883)¹.

De los finales no le diré mucho, excepto que no son para nada predecibles, pues en ocasiones el artista prefiere que sea el lector el que dé la última punteada, enriqueciendo u oscureciendo la obra. Otros, un poco más decididos, ponen sobre el papel lo que creen

¹ “Bajo la égida de la inspiración, Nietzsche escribió febrilmente cada una de las cuatro partes de *Así habló Zaratustra* en diez días, como si estuviese bajo los efectos de un poderoso hechizo. El ditirámico rapsoda confesó que prácticamente toda esta obra le fue susurrada a sus oídos mientras él marchaba por las montañas con un ánimo cercano al éxtasis” (Ostfeld de Bendayán: 2006: 3).

oportuno para las personas o personajes de sus historias; tampoco faltará aquel final bifurcado, que nos conduzca una vez terminada la lectura a suponer una idea u otra.

A partir de esto –y en concordancia con lo pactado líneas arriba– he decidido aludir a dos o quizás tres experiencias que son de mucha importancia para poder llevar a cabo mis ejercicios. La primera hace referencia a los sueños. Para no extenderme demasiado, sólo presentaré uno, el más recurrente desde que era muy niña, ocho años o más. Estoy ahí nuevamente matando mi cuerpo, levantando con una hoja el pequeño abrigo de piel que heredé de mi madre; luego me golpeo fuerte con los puños débiles hasta sacar el aparato al que le llaman corazón. Lo tomo con unas pinzas –para no maltratarlo– y lo lanzo a las ratas. Ellas siempre corren en busca de su presa, llenas de felicidad, como quien dice: “¡De este bocadillo nos dan muy poco, así que hay que aprovechar!”. Cuando despierto, por lo general me veo tendida sobre el piso frío de mi cuarto. Aún no sé por qué, pero creo que son las ratas miserables de la vida que desesperan para que todo acabe.

Mi estimado amigo, imágenes como estas se convierten en algo valioso, no sólo porque me recuerdan que en este mundo nada es fortuito y que allá afuera siempre habrán “ratas” esperando a que caiga su presa para devorar hasta el último trozo, sino que también me llevan a preguntar: ¿Qué posibilidad habrá de que algo tan efímero e individual como los sueños fuera real? La respuesta siempre la encuentro al escuchar o leer ciertos relatos que coinciden de alguna forma con la representación de dicho sueño; lo que me conduce inmediatamente a ratificar su presencia o realidad. De acuerdo con esto, los sueños, como parte de nuestro conocimiento, sí podrán hacerse reales, entendiendo “real” no como perteneciente a un orden metafísico o empírico, sino a un orden estético: sólo basta con

que el artista deje de lado todo interés por encontrar algo en los objetos que contempla para que estos sean verdaderos.

Pasemos ahora a una segunda experiencia, la cual considero muy importante al momento del acto creativo, y no vaya a pensar usted que es porque siempre la tenga presente para armar mis relatos. ¡No! Es ella la que aparece cuando menos la espero: se trata de la tradición oral que encontré en mi madre y mi abuela paterna desde que tenía ocho años de edad y vivía en unas parcelas, muy cerca de Cartagena de Indias. Esta tradición consistía básicamente en relatar leyendas de personas ya fallecidas, espectros que vagan por las calles porque –según sus afirmaciones– no habían realizado en vida el propósito que les fue confiado por Dios o apariciones demoniacas y actos macabros que se habían perpetrado en pueblos aledaños. El pueblo que más nombraban era Mahates; también apodado como “El pueblo maldito”.

Recuerdo que estaban esos momentos en que lo que se contaba parecía tan real que nos convencían –hermanos y primos paternos participaban igualmente en estas jornadas– de que los personajes de sus narraciones aparecerían en las noches para llevarnos con ellos a un lugar frío, con mucha neblina y donde la luna se ausentaba –espacio propicio para la tortura–. ¿Qué era el susto, sin embargo, comparado con la gran riqueza imaginativa que aquellas dos mujeres nos regalaban? Porque no se trataba sólo de contar para asustar, sino de dejar guardada en nuestras memorias una tradición de las que ellas ya hacían parte, y de la que, de una u otra forma, yo también quería hacer partícipe a otras personas. Pero siempre, por supuesto, pensando en desviar un poco el protocolo, que consistía básicamente en el uso de una voz casi susurrante y sospechosa –aterradora, en cualquier caso– y

elementos externos como sábanas, fuego, velas, música y escobas, que servían entonces como imagen significativa para que lo aprendido no se olvidara con facilidad.

Particularmente, lo que quería hacer, en una primera instancia, era dibujar y escribir; almacenar todos mis trabajos en un lugar apropiado para que, pasados los años, chicos y adultos conocieran las leyendas que nos contaban las viejas del monte. Estos primeros ejercicios, pensará usted, a lo mejor no tuvieron una redacción adecuada, y tiene mucha razón, pues debido al carente conocimiento acerca de la escritura –más que todo en la gramática del texto– pudieron parecer códigos indescifrables. No obstante, mi estimado amigo, siento satisfacción, porque nunca les faltaron dos elementos que hoy me son de mucha importancia: re-crear una tradición, pero también fundar una *verdad* del texto. Una que florece más allá de conocimientos técnicos o cotidianos. De aquí que esté segura de que la mentira nunca goza de espacio en mis ejercicios, porque, como bien decía Chejov (2005), “nunca se debe mentir. El arte tiene esta grandeza particular: no tolera la mentira. Se puede mentir en el amor, en la política, en la medicina, se puede engañar a la gente e incluso a Dios, pero en el arte no se puede mentir.”

Mis primeros escritos –incluidos los de ahora– no buscaban evidenciar o verificar algo de carácter tangible u ortodoxo; sino todo lo contrario: posibilitar hechos, acciones, personajes, acontecimientos de algo que pudo haber sido. De esta forma, encontramos que, por ejemplo, lo que hacía, aunque no conociera las tesis de Chejov, era reproducir los relatos que se escuchaban en las parcelas donde vivía, pasarlos al papel como dibujos o cuentos, pero restándole un poco de fidelidad con relación a algunas imágenes que parecían irrelevantes o borrosas. Se convierte este acto entonces, mi estimado lector, en lo que yo

llamo “punto de partida”, o escape hacia una realidad de trazos y palabras en la que se puede hablar sin que se escuche el susurro de *ssshhh*.

El perro negro con los ojos de fuego, del cual dicen que es un demonio; la madre a la que fueron arrebatados sus dos hijos y que vaga por las calles de la ciudad, buscándolos de casa en casa desde ya hace muchos años con el grito desesperado: “¿Dónde están mis hijos?”; la señora que decidió comerse a sus hijos –descuartizándolos con el hacha de su marido en ausencia de éste–, porque la situación económica en la que vivían la obligaba –ella tan complaciente decide que no deben sufrir y les abre camino a la eternidad–; la mujer que fue violada, torturada y asesinada unos días antes de su matrimonio y juró vengarse de todos los hombres (se aparece después de doce de la noche a criminales y borrachos en las calles de la ciudad de Cartagena); el caballo vestido de candelas, que arrasa con todo lo que va a su paso; las almas de los indios y esclavos que fueron sepultados en tierras fronterizas entre Cartagena y pueblos cercanos, regresan cada luna llena para ser liberadas... Estos son algunos de los personajes de los diferentes relatos con los que crecí, a quienes les conocí perfectamente su historia –según versiones de mi mamá y abuela– y el por qué no debía temerles. Le confieso que los aprecié mucho, porque pensaba que hacían de mí alguien fuerte que podía enfrentar cualquier dificultad –hoy no pienso lo mismo, tal vez me he hecho más frágil, o la vida se ha vuelto más violenta–.

Todo el tiempo jugaba con mis hermanos a ser ellos o estos se evidenciaban en lo que escribía. Y como le decía en líneas anteriores, todavía hoy hacen eco en mis oídos, y de forma inconsciente, el lápiz los trae de vuelta.

Nadie nunca se enteró que lo que guardaba celosamente en la caja de maderas que mis padres me compraron para que archivara juguetes o cuadernos viejos eran mis más preciados amigos en el mundo. Incluso mamá todo el tiempo pensó que sólo eran materiales del colegio. Si hubiese ocurrido lo opuesto, es decir, si mi madre hubiera descubierto mi afecto por los personajes de los diferentes relatos de los que ella misma fue portavoz, no estuviera redactando esta carta, sino que mi cuerpo reposaría en el manicomio más cercano y mi mente entre los demonios; porque, aunque procedieran en gran parte de una tradición familiar, no aceptaría la idea obsesiva que yo tenía por dibujarlos o escribirlos. Estos ejercicios hoy sólo existen en mi memoria, pues el tiempo y el agua lluvia se encargaron de borrarlos para siempre, no sin antes dejarme la satisfacción de haberlos leído mientras jugaba.

Igualmente, recuerdo que la música hacía parte de nuestra tradición oral. Mi madre siempre acostumbraba a cantar vallenatos, salsa y rancheras antes de dormirnos o mientras nos daba la comida. En vez de alzar la voz y gritar a los cuatro vientos que se sabía las canciones, lo que hacía era narrar la historia, eso sí, siempre marcando el ritmo. Canciones como “El niño y la boda” de Jairo Luis Herrera, “Marianita” de Héctor Zuleta y Adaniés Díaz, “Desenlace” de Los Betos; “Juanito Alimaña” de Héctor Lavoe, “Pedro navaja”, de Rubén Blades; “La Martina” y “Nadie es eterno en el mundo” de Antonio Aguilar, hicieron parte de nuestros momentos de intimidad familiar. De estas y otras canciones aprendí muchas cosas, verbigracia, que todos los seres humanos llevamos algo oscuro en nuestra mente. No cabe duda de que algunos lo saben controlar muy bien, pero otros, por el contrario, se dejan llevar a tal punto de hacerle daño al que está a su lado. De ahí mi desconfianza o vacilación para mostrar mis primeros ejercicios.

Hasta este punto puede parecerle evidente que lo único que hacía era tratar de representar todos los conocimientos adquiridos, pero lo que yo buscaba con mis dibujos y ejercicios de escritura era expulsar lo que ya no quería o no necesitaba, ya sea porque afectaba mi comportamiento, o como decía la psicóloga del colegio, “mis relaciones interpersonales”, o simplemente colapsaban mi mente: se habían convertido en una obligación. Si no los sacaba, permanecerían siempre dentro, hasta agotar toda posibilidad de escapatoria. Y lo que en ese tiempo consideré como la salida más próxima ahora se ha convertido en la entrada a nuevas realidades. Es como cuando comenzamos a comer. Comemos hasta saciar el apetito, y en ocasiones, hasta que el ombligo asome; luego, cuando la comida baja y cumple todo su procedimiento, llega el momento inevitable: lo que se ingirió necesita y quiere ser excretado para que el organismo pueda seguir funcionando de forma vital. Esto es, sacar lo que sobra o no sirve para dar espacio a nuevos nutrientes.

El último elemento mediador entre mis ejercicios creativos y yo, por lo demás, ha sido la lectura. Algo que conocí muy tarde –me ayudó a entender que lo que hice de niña no era propiamente una salida próxima, sino una forma diferente, más gratificante de contemplar y vivir la vida–. El único libro que había en mi casa era una tira cómica que incluía a *Popeye*, de Elzie Crisler Segar, *La liga de la justicia*, de Fox y Sekowsky y *Tarzán*, de Edgar Rice Burroughs. Yo lo había leído repetidas veces, pero corrió con la misma suerte de mis primeros trabajos. Años después –en la Universidad de Cartagena– descubrí la verdadera “literatura”. En mi casa estos eran como ver a través de la dimensión desconocida: nadie sabía de su existencia.

Autores como Edgar Allan Poe, Efraím Medina Reyes, Raúl Gómez Jattin, Héctor Rojas Herazo, Pedro Blas Julio, Mario Puzo, Jorge L. Borges, Julio Cortázar, entre otros, hacen parte hoy de la pequeña cajateca² que he adquirido; algunos más que todo por recomendación de profesores y compañeros; otros han sido descubiertos por determinación propia. Me han ayudado a ampliar mi enciclopedia personal del mundo literario, y puesto que no se trataba sólo de escribir por gusto, estas lecturas también se convierten en un pellizco que me alejan de los llamados lugares comunes, que no son otra cosa que las múltiples repeticiones que hacen que la palabra se deteriore y a las que un autor sin experiencia como yo puede llegar fácilmente cuando desconoce el hecho de que un mismo objeto puede ser visto desde diferentes puntos, tratando de encontrar en él autonomía, originalidad y estilo.

Ahora, no debe pensar usted que esta breve lista de autores amerita algún orden para mí, pues en cada uno encontré ideas muy interesantes. Con Medina Reyes, por ejemplo, me di cuenta de que no importa si usas –en la redacción– la lengua estándar o coloquial, lo que cuenta es el fondo o trasfondo de la historia, esto es, que en realidad el relato cuente algo; se defienda por sí solo y no que sea un montón de letras alineadas adornando el papel. De Allan Poe y Gómez Jattin, aprendí que el escritor en sus composiciones siempre debe dejar el alma y no una sarta de mentiras que puedan convertirse en dispositivos de muerte creativa. Así mismo, Pedro Blas Julio, Rojas Herazo y Luis C. López, me ayudaron a reafirmar esa idea de exaltar la belleza de la cultura popular, haciendo valedero lo que por tradición nos pertenece.

² Las cajas donde guardo los libros impresos o fotocopiados, las mismas donde antes guardaba mis “juguetes”.

Por lo que a mi concierne, haría de esta carta algo más extenso, pero creo que ya he abusado lo suficiente del papel, la palabra y por supuesto de usted. Me despido por ahora, no sin antes recordarle que aprecio su amable y desinteresada atención por esta carta y prometo que en la próxima trataré de hablar menos de mí y sí mucho de mis ejercicios creativos como tales. Cuídese, no vaya ser que las ratas estén al acecho.

Con gran afecto, *Martha* ☺

II

OBRA SIN SESOS: DEL MATANCERO Y SUS POSIBLES ARTIFICIOS

Cartagena, Bolívar (Colombia)

26 de Abril de 2015.

“Un buen asesinato exige algo más que un par de idiotas que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro. El diseño, señores, la disposición del grupo, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento se consideran hoy indispensables en intentos de esta naturaleza”.

Thomas De Quincey,

Del asesinato considerado como una de las bellas artes.

Muy querido lector, nuevamente me dirijo a usted, no sin antes pedir disculpas por no explicar con anticipación el porqué del título de la carta anterior. Como usted se pudo dar cuenta, la tinta hacía referencia a todos aquellos elementos mediadores entre el resultado de mis ejercicios y yo como su creadora. Y lo oscuro se debe a la particular crianza que me dieron en casa, siempre rodeada de muerte y espectros, mientras me alimentaba, jugaba y dormía. Entenderá usted que esto no ameritaba otro color.

En esta oportunidad decidí titularla “Obra sin sesos: del matancero y sus posibles artificios”, con el fin de aludir ahora sí a los ejercicios literarios que tanto he mencionado. Lo de los “sesos” o “matancero” espero no lo reduzca a su significado convencional. Lo que trato de hacer es una sencilla relación de cómo un artista puede llegar a transformar su

obra en algo más que una máquina de producir dinero. Este mismo “algo” –que puede ser, en sí mismo, superior al genio de su creador y poco ajustable a las posibilidades de una “realidad metafísica” llena de dudas e insatisfacción– nacerá para convertirse, muchas veces, en un artefacto morbo-deshumanizador, el cual sólo despierte ante los que lo contemplen la misma repulsión o repudio de quien observa el asesinato de un infante o un animal indefenso.

Sé que prometí en la carta anterior no hablarle mucho de mí como sujeto social, sino de mis resultados en el ejercicio de creación. Sin embargo, ¿cómo hablar de ellos sin mencionar algunos momentos que hacían que todo pareciera imposible de llevarse a cabo? Espero esto no sea inconveniente para continuar nuestros encuentros postales. Por lo pronto le diré que en distintas ocasiones, personas –profesores de literatura, compañeros con altos conocimientos en el ejercicio creativo o lecturas– que han tenido la oportunidad de leer algo de lo que yo he escrito, me preguntan si en verdad sé lo que significa ser un buen escritor, ya que piensan –y lo sé, porque me lo han dicho– que lo que yo escribo son textos sin sentido, que en ellos sólo hay sangre, destrucción e incluso rencor. En otras palabras, que son muy oscuros e inhumanos, inapropiados en algunos casos para ser literatura y que lucirían mejor en la página de sucesos de un diario nacional.

En consecuencia, para estas personas lo más importante en un artista debe ser, ante todo, la belleza y no la destrucción del ser –no sé desde que punto de vista se refieren a la belleza o a la destrucción del ser, porque jamás me he atrevido a preguntar, para evitar uno de esos discursos frívolos en los que algunos son expertos–. Lo mío sólo es basura para el basurero. “¡Recicla esa hoja, tu hijo la necesitará en el futuro!”, “¡Salva un árbol!”, se atreven a decir

algunos; otros, un poco más resueltos, simplemente depositan los textos en el cesto, sin mencionar una palabra al respecto. En casos como estos mi mejor respuesta es el silencio, pues no creo saber con exactitud qué significa ser escritor. Aun carezco de experiencia y conocimientos que me ayuden a comprender su significado pleno. No obstante, vamos hacer el ejercicio, que se convertiría en el primero, ya que jamás me había atrevido a contarle a alguien lo que pienso al respecto. No es mi interés dar una definición apresurada de lo que puede o no ser un escritor o artista. Para llegar a tal definición hay que recorrer un vasto camino cognitivo-empírico. Y como hoy sólo me encuentro en “el punto de partida”, hablaré desde allí, no sin antes recordarle que esta no será la última palabra en cuanto a lo que piense que es un “verdadero escritor”. Con el pasar del tiempo, seguramente mi idea irá mutando, se hará más sólida o se consumirá por completo. No lo sé.

Por ahora sólo expresaré que un escritor es aquel que no le avergüenza rasgar sus vestiduras, mostrar la desnudez de su mente, vivir la vida no sólo en un mundo “real”, sino componer una amalgama de estos. Es por lo tanto una persona valiente, atrevida, arriesgada, perspicaz. No le importa la posición económica que le pueda ofrecer el medio en que se desenvuelve –y con esto no quiero decir que viva de la nada, o en la nada, sino todo lo opuesto: él es capaz de ver más allá de lo que promete esta “verdad”; construye sus propias necesidades y realidades–. Es aquí donde juega, ríe, llora, perdona, ama y destruye sin compasión con un soplo o con un golpe. Encuentra ese grito de “¡Basta de tanta mierda!”. Y por tal motivo –y no como acto de cobardía–, atraviesa resuelto el papel con los miles de demonios que lo revisten. De esta forma evita que un espíritu se condene, un corazón sangre y un montón de idiotas dejen de divertirse. El escritor, o debería decir el buen escritor, en últimas consecuencias –como conocedor del arte–, es capaz de tomar lo

que la vida arroja, sin importar si es fresa o hiel, y moldear cada imagen, símbolo, ruido, roce, sentir, pensar, saber. Transportarlo al papel, limpio de apariencias insubstanciales: sensibilizarse ante lo que su ojo crítico observa, haciendo del objeto algo íntimo.

No obstante, estimado amigo, no siempre es acertado, o aceptado, el escritor y su obra³. Casi siempre va a encontrar en sus lectores, sobre todo en los más especializados, los múltiples señalamientos y cuestionamientos acerca de cómo caracteriza su mundo literario o utiliza la palabra, ya sea porque no “cumple” con unos supuestos establecidos, verbigracia, gramaticales, o porque, según algunas críticas, carezca de sentido. Vicente Huidobro, por ejemplo, según Jorge Teillier (2003), es “presentado como un prototipo del poeta frío, cerebral, deshumanizado”⁴. En sus poemas, no obstante, Huidobro deja al descubierto a un poeta que ríe: la “risa consistía para él en algo fundamental, era la potencia de la evasión, la válvula de escape que impide al hombre estallar”. Y lo podemos evidenciar en un poema como “Noche y día” (1931): “Buenos días, día/ Buenas noches, noche /El sombrero del día se levanta hacia la noche/ El sombrero de la noche se baja hacia el día/ Y yo paso como un árbol con un sombrero en la mano [...]”. (94.)

En efecto, se evidencia en Huidobro un poeta que no carece de humanidad, sino que trata de hacer de su trabajo una nueva forma de poetizar, una que quizás ignore la estructura

³ Vemos por ejemplo el caso de Jorge Luis Borges quien fue rechazado por la editorial extranjera ya que afirmaban que sus escritos eran intraducibles; así mismo encontramos que James Joyce fue juzgado por crear literatura obscena con el *Ulices*; por su parte Marcel Proust cansado de que las editoriales se negaran a la publicación de su trabajo decide pagar para que su obra se marque en papel.

⁴ Luego, se pasa a mirarlo como un poeta europeizante, afrancesado más bien (“poeta francés nacido en Chile”, dice Alberto Rojas Giménez [1930: *Chilenos en París*]), y estamos a un paso de que se le llame antipatriota. Lo anterior sucede cuando Huidobro decide mudarse a Francia y participar en una antología de los poetas de aquellas tierras. Considerado así como uno de ellos. Motivo este para que los estudiosos de la literatura del momento se encolerizaran con él.

convencional de una época. Pero esta postura no debería desmeritar su ejercicio creador. Todo lo contrario, lo convierte en un artista valeroso, porque propone, crea, va más allá de la apariencia; se adueña de su propia verdad, y su singular modo de emplear la palabra así lo deja ver. Como decía en algún momento Vargas Llosa (1997), el “escritor siente íntimamente que escribir es lo mejor que le ha pasado y puede pasarle, pues escribir significa para él la mejor manera posible de vivir, con prescindencia de las consecuencias sociales, políticas o económicas que puede lograr mediante lo que escribe” (6). Es decir, el que vive este oficio no lo hace con impresiones con relación a lo que piensa el otro, sino con la satisfacción de poder desbordar una combinación entre lo que siente y piensa. Lo demás –lo material– se convierte en ornamento sin sentido. El verdadero escritor hace de su obra su vida.

Un “buen” escritor, por otra parte –y disculpe que me extienda en el desarrollo de la significación–, debería ser aquel que no teje ni da fin a su telaraña en un parpadeo, ni siquiera en un bostezo que pudiera ser un poco más extenso. Mucho menos porque lo soñó una, dos o tres veces, o se embriagó y drogó en un momento de desesperación al ver el papel en blanco, y por arte de magia polvoriento todo quedará resuelto. Para que una obra nazca no existe un tiempo determinado. La impaciencia de querer ser alguien famoso que usa chalecos finos y toma un café con García Márquez nos condena a parir mugre: obras que serán ignoradas, o si consigues una buena palanca, estarán publicadas, con la probabilidad de que en el primer trabajo, y por curiosidad del lector, venda algunas ediciones, pero luego bastará con sólo observar tu nombre en la carátula del libro para hacer mala cara. Todo lo anterior puede resumirse en las palabras de Rainer María Rilke (1978):

Para ello no hay ninguna medida del tiempo; un año no cuenta; diez años nada son. Ser artista es: no calcular y no contar; madurar como el árbol, que no apura sus savias y que está, confiado, entre las tormentas de primavera, sin la angustia de que no puede llegar un verano más. Llega sin embargo. Pero solamente para los que tienen paciencia y viven despreocupados y tranquilos como si ante ellos existiera la eternidad. Lo aprendo diariamente; lo aprendo en medio de dolores a los cuales estoy agradecido: *Paciencia es todo*. (44).

En consecuencia, la obra no tiene establecida una fecha de nacimiento, como para que el artista se plante a buscar en un registro cuándo es que le llega la suya. Tampoco traigo consigo una fecha de vencimiento. Han existido, eso sí, muchas obras que ni siquiera vieron brillar la luz del día por razones desconocidas. Por lo tanto, no es trabajo del escritor creer que para hacer arte necesita de fórmulas o entidades que hagan las veces de puente creador. En cuanto a mis ejercicios, sólo diré que son trozos de bocadillo que se ha venido cocinando desde hace ya mucho tiempo y que han necesitado de mucha guayaba y sesos para ser posibles. La guayaba vista como pulpa de putrefacción, escabrosa, que ha de alimentar algunos relatos con los que usted, lector, se va a encontrar, si decide revisar mis escritos. En cuanto a los sesos creo que ya quedó claro.

En esta misma idea, las acciones que siempre serán constantes en estos cuentos son las del “crimen por el crimen”. Los personajes-protagonistas se convierten en arma de destrucción, con justificaciones que, aparentemente, carecen de sentido. No obstante, detrás de cada gota de sangre derramada percibiré un intento de salvación más que de deshumanización. Digo de “salvación”, ya que el acto asesino va más allá del puro placer:

cumple la función de llave que abre el candado que ata la fiera que ruge de hambre mientras ve a su presa correr en sus narices. Desde este punto, se convierte el asesinato en una necesidad un poco más fundamental que el instinto de conservación del *yo* o del *otro*. Esto no sólo surge en virtud de las historia, sino también de sus personajes. Destrucción, homicidio, genocidio, o cualquier otra denominación que involucre el acto de matar se adscribe aquí a otra significación, una que, a primera vista, parecerá imprecisa o tergiversada, pero que obedece a la autonomía de los relatos como la “transgresión mágica que suspende el tiempo y crea un mundo diabólico” (Loayza, 2001), en el que la sangre y los sesos son el alimento que nutre al ser. Los personajes protagonistas, las tensiones, e incluso el narrador, ansían un buen trozo de carne para alimentar los morbos.

La tipología del narrador que casi siempre salta a la vista es el que relata desde la primera persona gramatical. El narrador, en un sentido más estricto, hace las veces de personaje-protagonista. Es decir, no sólo cuenta la historia, sino que la vive, la recrea, la hace. Sin él sencillamente no habría nada que contar. Es, por otra parte, un personaje que podría dejar un sin sabor: siempre está tratando de mostrar algo, pero a su vez ese “algo” se torna oscuro, no se sabe si por la misma psicología del personaje (quien consideran el acto de matar como la elevación del ser a la cúspide indeleble de todos los deseos), porque el espacio en que éste se desenvuelve se lo permite (el cual resulta ser repulsivo, desmedido, falso, deforme en todo sentido), o simplemente no quiere decir todo. Recuerde, mi estimado, que el alma se queda con la mitad de lo que el cuerpo hace, porque si no, ¿quién paga?

El cometer un crimen amerita más que señalamiento o condena, aplausos de gloria o sonrisas de regocijo. El acto se realiza como algo natural que permite que un yo narrador de libertad al otro, aunque después sea su cuerpo y su alma los que se condenen a la eterna espera de un verdugo que también le conceda tal libertad. Es algo parecido a lo que Gaitán Duran afirma de Sade, en su ensayo *El libertino y la revolución* (1997): “La rabia destructora o la perversidad helada del libertino no se reduce a una obediencia ante el mandato de la naturaleza –determinismo rudimentario–, sino además la nutre y la *deleita*. Esta madre devoradora, deidad y furia, *no prohíbe nada*; siente indiferencia por la lujuria, pero la destrucción, iniquidad que es considerada convencionalmente la más atroz, es sin embargo la que más le place. El universo es el crimen.” (21).

Hasta este punto usted se preguntará: ¿por qué estos personajes tienen necesidad de libertad? Y la respuesta es muy simple: el mundo en que emergen no es armonioso ni pasivo. Todo lo contrario: el único orden que se conoce es el caos. Reina lo escatológico; lo demás, los “buenos valores”, simplemente no existen. Jamás se ha escuchado hablar de tal fanfarronería. Por lo tanto, lo “ideal” en estos cuentos es que la señora muerte aparezca con el rostro de otro (personaje) y se convierta en el dios compasivo que dé fin a la atadura.

Un asesinato no sólo exige, según de Quincey (2001), un “par de idiotas que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro”, sino un diseño y una disposición. Algo así como el plan perfecto, para no dejar huella al sabueso que lo olfatea. Este “diseño” opera como un *maquillar el paisaje*, que consistiría básicamente en la resignificación o transformación de lo que nos ofrece nuestra experiencia. Lo trivial o absurdo de nuestra cotidianidad hará parte de una triada de colores muerte. En consecuencia, las herramientas

con las que probablemente puede llevarse a cabo este “plan perfecto” consiguen ser, en cualquier caso, la contemplación del objeto como extraño y la sensibilidad de creer en lo posible, aunque de esto brote el fétido olor de algo que se pudre. El espacio-tiempo, los personajes, el narrador y la historia se construirán sólo con el propósito de ir más allá de un simple reflejo mimético. En este sentido, no se desdibujará con acuarelas en papel manteca, sino que todo será tejido según la necesidad que amerite cada situación.

Creo que nuevamente he hecho de nuestro encuentro una visita de viejos amigos, contando como siempre de todo un poco cuanto ha pasado desde nuestra última conversación. Aunque hizo falta el café, no importa. El bocadillo cubre muy bien ese vacío. Por lo pronto, es menester para mí hacer nuevamente extensa la invitación para que al finalizar estas líneas de vueltas al papel y disfrute de los crímenes literarios cometidos en mi corta edad. Me despido siempre agradecida por su maravillosa atención, y con la esperanza de un nuevo encuentro.

Su amiga, *Martha* ☺



AL FINAL, TODOS MORÍREMOS

Quisiera empezar diciéndote algo fastuoso, hermoso o por lo menos “humano”. Pero no. Sólo pasaba por aquí. Pensé que querías saber que me encontré con tu hijo hace un par de horas dándole de comer a los perros. Muy callado, solo y ausente.

Mientras lo observaba fijamente, intenté regañarlo para que volviera a casa antes de que enfurecieras. Él también me miró, sin parpadear, con un gesto que jamás olvidaré. Como si de un solo trago se tomara una limonada con poca agua y sin azúcar, o si prefieres, como si miles de piojos devoraran a gran velocidad, y con afán, parte de su cabeza. Me acerqué para que sintiera más fuerte mi presencia y mis deseos. Pero todo fue en vano, siguió jugando con los cachorros, ignorando por completo que yo estaba allí.

Luego, me di cuenta que algo le hacía falta. Esa cosa que es de importancia para nosotros los hombres. Ese motor que nos impulsa el goce. Pero, ¿por qué? ¿Qué pasó? No sé. De inmediato percibí un olor fétido que encapsulaba todo el lugar. Como si los desagües de pescado dañado cayeran gota a gota sobre mi nariz.

Pero qué tonto. No había advertido que el conglomerado de perros sucios y ansiosos que rodeaban al chico intentaban quitarle todo. “¡No, no, no hagan eso!”, gritaban unos hombres de vestido blanco. Pero ellos, furiosos, decidieron empujar hasta otro sitio al niño para que les diera más de eso tan sabroso que en pocas ocasiones les venía del cielo.

Lo miré nuevamente para que entendiera el gesto y regresara junto a ti. Creo que no logré nada con eso: el seguía allí como si nada. Más tarde, y a esperas de que el niño me hiciera caso, decidí hablarle. Decirle que, si no se marchaba pronto, tú no le darías el carrito que vimos en la vitrina el otro día. Todo fue en vano. En ese momento, una señora con vestido azul y chaqueta blanca me dijo que él solo intentaba cruzar la carretera, con la bolsa del mandado, antes de que un atroz *sapo* motorizado lo arrollara y volcara su cuerpo hasta las patas de los canes, quienes, emocionados de ver tanta liga fresca, lo primero que hicieron fue jalar, jalar y jalar. Cada jalonada les costaba trabajo, pero qué importaba en ese momento, si la recompensa iba a ser lo más gratificante. Bastaron sólo unos minutos para que estos acabaran con su objetivo.

Ahora sólo me resta entregarte el mandado y el vuelto. Espero pases buena noche. Si quieres hablar sobre algo, recuerda que jamás estoy disponible; además pienso que con lo que te he dicho ha quedado claro. Pero también quiero que tomes las cosas con calma. Total, al final todos moriremos.

ROJO Y NEGRO

Últimamente las cosas por aquí no andan bien. Primero fue lo de papá, después lo del tío Nico y ahora lo de mamá. Le he dicho al especialista de la clínica que no sé si pueda aguantar la soledad y el temor de terminar de la misma forma que ellos. Pero insiste en que, pasados unos años, todo se me olvidará y podré seguir con mi vida. Mientras algo sucede, busco mis propias soluciones. He intentado todo: la horca, la asfixia, cortes profundos, pero nada funciona. Él siempre llega a tiempo para evitarlo. Dice que esa no es la solución para los problemas que tengo.

Hoy vendrá otra vez y quiere que le cuente lo que pasó. No diré nada. Me avergüenza decir que a papá lo sacaron unos hombres de la casa, lo tiraron a la calle como un perro con mal de rabia y lo obligaron a pedir perdón por haberse portado mal con un tal Jefe; que esa noche sólo se escucharon disparos y aullidos de perros. Yo no estaba ahí cuando sucedió, pero mamá sí. Ella fue la que me contó. Me dijo que desfiguraron totalmente su rostro y despedazaron su cuerpo, como él lo hacía cuando veía una cucaracha en el piso de la casa, porque no sólo fueron los disparos, sino que también esos tipos le pasaron la camioneta por encima. Le gritaban a papá que, al meterse con la mujer del Jefe y vender drogas a niños, había cavado su propia tumba.

Al principio, ni mamá ni yo queríamos creer todas las cosas que se decían de papá. Él siempre fue un hombre serio y honesto en todo lo que hacía. Aunque nunca tuvo un trabajo

fijo, jamás lo vimos en cosas raras. Muchas veces no teníamos ni para comprar una bolsa de pan. Y dice la gente por ahí que ese negocio da mucha plata.

Después de que lo enterramos me puse a revisar sus cosas. Encontré en uno de los maletines que guardaba detrás del escaparate un montón de billetes metidos en una bolsa y un paquete muy extraño que contenía un polvo color caramelo. No sabía que era, pero por los comentarios que se habían hecho acerca del trabajo de papá imaginé que no era nada bueno. Decidí entonces tirarlo a la basura antes de que el tío Nico se diera cuenta. Mi tío vivía con nosotros hacía ya mucho tiempo. Era una persona ambiciosa a la que sólo importaba la plata fácil, porque de trabajos casi nunca nos enteramos. Siempre se la pasaba varado. Lo raro es que constantemente se le veía alimentar su vicio del trago, las mujeres y el cigarro. No obstante, cuando quise darme cuenta, ya me había jalado el bolso, lanzándose al piso a recoger el paquete. Me dijo que no dijera nada a mamá.

Esa noche no regresó. Al día siguiente apareció sin maletín y sin plata. No le di importancia, porque para esos días lo que más me preocupaba era mamá. Ella empezó a sentirse mal. Decía sentir mucho dolor en su seno, luego una piedrecita que le corría de un lado a otro. Fuimos al Centro de Salud, pero como el seguro médico que teníamos era el que nos ofrecía el gobierno, nos tocó esperar veintiocho días para que nos dieran una cita médica; luego, dos meses para que le hicieran unos exámenes. Cuando finalmente salieron los resultados, el doctor le dijo a mamá que esa no era ninguna piedra, que lo que ella tenía era cáncer y que debía empezar un tratamiento con quimioterapias (después tendría que operar para extirparlo y así podría vivir unos años más). Mamá dijo al doctor que sí se iba a

operar, sólo para que no la regañara, pues en el fondo las dos sabíamos que no había plata para esas cosas.

Mientras pasaba el tiempo, mi tío se alejaba más de la casa. Mamá no se daba cuenta, porque sus dolores aumentaban cada día. Las vecinas le decían que fuera con el curandero, que él si le quitaba ese cáncer, y sin cobrar tanta plata. Pero ella nunca hizo caso –no porque no quisiera, sino porque la poquita plata que entraba gracias a mi trabajo de lavar platos y servir la mesa en el restaurante de mi madrina, sólo alcanzaba para un plato de comida al día y el abono del arriendo–. En cambio, a mi tío sí le iba bien: se le veían zapatos nuevos, cadenas muy gruesas y camisas muy finas. Nunca dije nada a mamá para no preocuparla, pero empezaba a pensar que andaba en los mismos pasos que papá.

Un día encontramos en la mesa de la cocina un sobre que contenía muchos billetes –trecientos mil pesos– y una nota que decía: *nena hay deajo plata pa' que conpren comida y dile a tu mae que se coja el vuelto pa' lo que quiera*. Yo los tomé y se los di a mamá para que visitara al curandero. Ella se puso muy contenta, y sin preguntar de donde había sacado el dinero, se dirigió inmediatamente a la casa del señor. Cuando regresó trajo un motón de hierbas y frascos que no sólo servían para el cáncer, sino también para la “saladera” de la que gozábamos desde de la muerte de papá. Compró, así mismo, mucha comida de la que solíamos ver por la casa cuando a papá le iba bien en su trabajo: pollo, carne de cerdo, verduras raras, muchas frutas, champiñones, vino, leche y pan.

En ese momento pensamos que la vida otra vez nos sonreía. Mamá ya no sentía dolor y mi tío todos los días nos dejaba el mismo sobre en la mesa. Aproveché para regresar al

Colegio. La profesora se puso muy contenta, pero mis compañeros, en cambio, no. Decían que yo debía tener las mismas mañas de papá. Así que dispuesta a no aguantar burlas, decidí no volver más. Además, al parecer, ya todo estaba resuelto.

En ese momento comenzaron los “esfisfarros”. Comprábamos ropa, perfumes, maquillaje, más comida, zapatos. Como quien dice, nos estábamos dando la gran vida, y sin importarnos de dónde venía tanto dinero, o lo que pensarán los vecinos, que sólo se la pasaban chismoseando. Semanas después, mamá y yo íbamos caminando por la plaza del pueblo. Ella se detuvo a comprar un periódico –siempre le gustaba estar informada, y aunque se le dificultara la lectura, decía que nada mejor que enterarse de lo que pasaba por medios de la tinta y no por la lengua que a veces era imprudente y hablaba de más—. Le leí el titular inicial: *Alias el Jefe fue abaleado mientras mantenía relaciones sexuales con su amante*. De inmediato noté la cara de felicidad que puso mamá. No podía dejar de sonreír. Pregunté por qué. Me dijo que así era que le decían al hombre que dirigía la banda de narcotraficantes para los que supuestamente trabajó papá. Continué leyendo, pero no decían quién había sido el asesino. Sólo hablaban de lo que había hecho mientras vivía y lo bien que estaría la gente sin su presencia. Parecía que ellos también celebraban su muerte.

Al llegar a casa encontramos en la cocina, como era de costumbre, el sobre con el dinero, pero esta vez con una nota diferente: *guarden bien esta plata, nose si pueda seguir viniendo las kiero y no olbiden que siempre ise lo nesesario para que estuvieran bien*. Esa vez no leí la nota a mamá; sólo le dije lo de siempre. Al finalizar la lectura me sentí extraña. Fui a mi cuarto y miré otra vez la foto del periódico en la que aparecía el asesino de papá, pero por más que me esforzaba no conseguía reconocer su rostro. Estaba

destrozado por los golpes que había recibido. Algo me decía, sin embargo, que a ese tipo lo había visto antes. ¡Claro, llevaba puesto los mismos zapatos, la misma camisa y la medallita de la virgen del Carmen que compró en su cumpleaños el año anterior!

¡Maldito perro! Lloré de la angustia y la confusión. Aún no sabía si mis suposiciones eran ciertas. Mientras mi mente vagaba por el desconcierto, mamá se fue con la vecina a que le leyera la nota. Ella no sabía de lectura, pero presentía cuando las cosas no estaban bien –en el fondo entendió que no eran las mismas palabras, sobre todo por el gesto y el tono con que yo leí la carta esa vez–. Cuando regresó, me jaló el periódico, observó la foto, no dijo nada. Revisó las cosas de papá. Tomó su pistola, la introdujo en su boca y jaló el gatillo.

BELLO VERDE, VINO ROJO

Ahogar la locura es como intentar tapar y ocultar con un dedo el sol. Parir pensamientos es como vaciar solo con mis manos el mar. ¡Lara, lara! ¡Lara, lara! Y ahí estaba yo, como siempre, tarareando las canciones de la mejor banda de folk metal en español que haya existido. De repente, siento que alguien me arrebató de las manos el MP3 que me había regalado mi abuela antes de irse a Venezuela.

–¿Por qué hace eso? ¿Qué le pasa? –dije al instante.

– Niña, a mi clase no se viene a escuchar música. Eso lo hace en su casa –respondiste con voz cruda.

Si mi memoria no me falla, esa fue la primera vez que te vi. Y mientras tú seguías sermoneándome, yo reparaba lentamente cada uno de tus gestos y movimientos. Era como si un mimo me hablara. Sentí entonces un estremecimiento muy extraño en el paso que va de mi garganta hasta mi vientre. Parecía como si miles de mariposas negras escupieran en mi estómago. Preferí no hacer caso a tan gran suceso. Algo me decía a gritos que no debía ni siquiera saber tu nombre. ¡Jum! Pero, ¿cómo evitarlo, si eras el nuevo profesor de lenguaje? Por lo demás, yo era la más callada de la clase, lo que equivalía a la invisibilidad total. Finalizado el regaño, continuaste.

– Hola a todos. Mi nombre es Amaik y soy el remplazo de la señorita Susana –bla, bla, bla, comenzó la clase.

Ring... Terminó la primera mitad del año, tan vertiginoso como un arroyo que deja desbordar sus aguas. Mis sensaciones hacía ti aumentaban cada vez más, mientras las calificaciones en decadencia absoluta. Tienes que admitir, sin embargo, que no eres el mejor profesor del mundo, y que para ser profesional de lenguaje el tuyo era un tanto incomprensible.

Decidí, no obstante, que mi escasez de buenas calificaciones debía acabar, y te perseguí por toda la institución, como garrapata en perro. Cuando vi la oportunidad, me aferré tanto que si me hubieses despegado en ese momento, te juro que contigo se habría quedado gran parte de mis tripas. La hemorragia hubiese sido tanta que la Señora Muerte, hambrienta, hubiera peleado su presa.

Ahora, a mi mente errante vienen tantos recuerdos compartidos, pero el más preciso es cuando me fuiste a visitar por primera vez. Te di mi dirección una vez, pero jamás pensé que te atreverías a ir. El barrio donde vivo no es el de mayor estrato. Un sábado por la noche, si no estoy mal, estuviste allí, pálido y tembloroso, frente a la puerta que mi madre había construido con tanto esfuerzo.

–¿Mucho miedo? –te pregunté, y descubriste que mis silencios pertenecían sólo al aula de clases. Afuera, mis actitudes eran otras, unas un tanto atrevidas.

–No, nada de eso. Todo está bien por aquí.

Me di cuenta que únicamente venía por tu parte del pastel, a jactarte como niño sin pariente. Con lo que no contabas era que yo ya había esperado ansiosamente la mía desde el primer instante en que te vi. Mi madre no se encontraba en casa, porque, según decía, ya se había hartado de sus dos mediocres hijos y de su estúpido empleo de lijadora de madera (lo único que quería era un buen hombre que la mantuviera y la complaciera en todo, o por lo menos, eso fue lo que dijo hace dos semanas, antes de ir al trabajo). Mi hermano, cobarde, se había ido a donde su padre. Así que estábamos solos y podríamos divertirnos a nuestras anchas.

Entraste y te invité a un trago de “Old Parr”. Ni siquiera preguntaste de dónde había sacado la botella. Por el contrario, te la tomaste toda, sin darme si quiera un sorbo: sólo alcancé a olerla, y eso porque el olor salió al viento. ¡Vaya que eras un experto en la materia! Cuando acabaste, no contuviste más las ganas de clavarme el puñal por la retaguardia y decidiste actuar. No me importó. De todos modos, estaba preparada para cualquier arremetida tuya. Luché cuerpo a cuerpo contigo, hasta que mi plan se puso en marcha.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno y ¡pum! Caíste tan rápido que no te di tiempo de acomodarme en la cama. Sólo me decías que te sentías extraño, como si miles de mariposas blancas cagaran en tu estómago, y te pusiste frío, mientras yo disfrutaba de tu dolor. ¡Ah, pero que me iba a satisfacer eso! Tenía algo mejor para ti. Te amarré a la cabecera de la cama, si darte tu tan anhelado pedazo del pastel. Verte así, derrotado, me excitaba más. Activaba cada una de las neuronas de mi creatividad.

¡Cómo olvidar el detallito que construí esa misma noche, mientras te dejabas mecer por los brazos de Morfeo! Esperaba que cuando lo vieras se te llenaran los ojos de felicidad y me abrazaras tan fuerte que un eclipse parecería un mal chiste delante de nosotros. No fue así. Nunca despertaste. Hades había ganado esta vez. Para llevar a cabo la elaboración del “detallito” sólo necesité de tijeras y colores inspirados por ti.

Me dediqué toda la noche. Juro que utilicé todo el ingenio permisible al ser. Los colores escogidos fueron el rojo en sus diferentes tonalidades y un verde que parecía amarillo. ¡Ah! ¡Y el recorte no es lo mío, pero lo hice con tanta delicadeza que cada trozo logrado fue perfecto! Corte tras corte alimentaba mi morbo, color más color nutría mi ser. Cada vez que un miembro de ti se abría y chispeaba sobre mí recordaba las veces que mi padre me agarraba fuertemente y me encerraba en el callejón y decía que no dolería, que sanaría pronto. Eso me iluminó aún más.

Mi corazón se aceleraba y me hacía trabajar con mayor facilidad. Era una sensación nueva que algunas veces he pensado repetir. Si ya no puede ser contigo, entonces con cualquiera, incluso con mamá, cuando se le dé la gana de regresar. Lo disfruté, y de qué manera. Ver las perlas cuasi verdes rodar por toda la casa, un parte derrotada por un hábil y sutil movimiento, y lo que siempre recordaré: el abrigo de pieles rojo que decidí colgar en la cama para que hiciera las veces de toldo. Todo era maravilloso. Cuando amaneció, aún más.



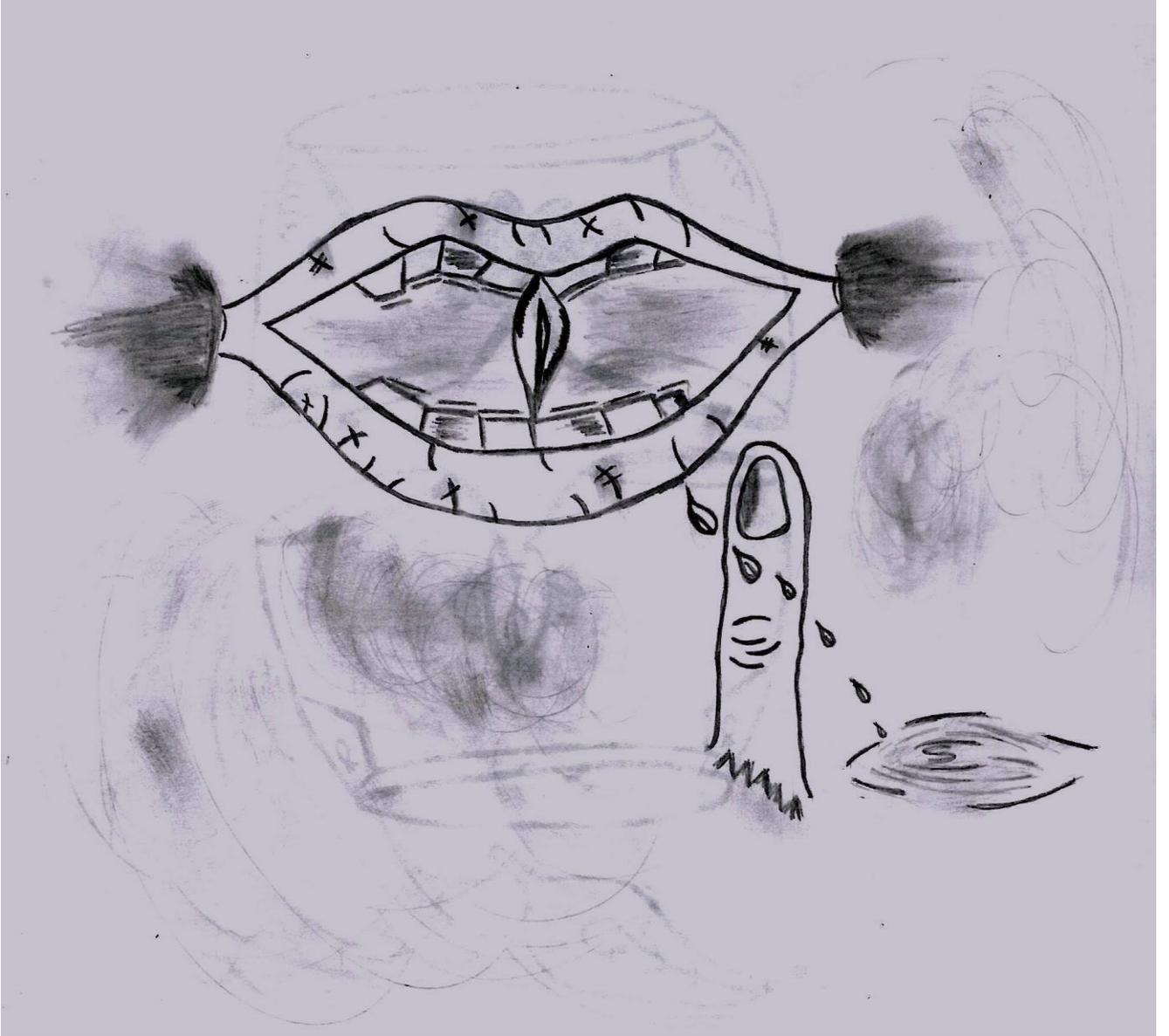
SOLILOQUIO DE UN ALMA QUE SE ARRASTRA

Soy un sueño. Una aparición. Oscuro reflejo de mis pesadillas. Conciencia especular que se descubre en los vidrios rotos del tocador. Cada trozo me indica que mi reflejo ya no es. Desconfiguración de un alma que no tiene salvación. Sólo queda esperar a quien arrastre la materia, hoy ya putrefacta, hacia un abismo donde alguien más la pueda aprovechar.

Dentro de mí habitó un cielo y un infierno: siempre supe cual escoger. La eternidad amarga de un ya no despertar es un sello inevitable. Muchas veces me pregunté: ¿quién soy? ¿Por qué estoy aquí? Respuesta tonta. No soy más que una quimera que tiene como único fin la condena. Nunca me busqué, porque sabía que si veía mi rostro todo quedaría oscuro. Decidí cubrirme con una brillante y excesiva luz, para cuando me mostrara todos me amaran. Pero de nada sirvió: el cosmos está plagado de múltiples luces que destruyen todo a su paso, dando muerte hasta el animal más horroroso y raro. Engaños, insultos, ideas, teorías, son algunas de las verdades superficiales que sólo funcionan como de destrucción, y que en ocasiones inconscientes utilizamos en nuestra contra.

Una vez que descubrí mi yo –y los otros – me di cuenta que estaba en desventaja. Él sabía todo de mí. Me miraba con fervor, reclamando su libertad. Estuvo mucho tiempo en cautiverio. Ya era hora de salir. Me odiaba. Cuando me negué, juró venganza. Mientras dormía, entró, desplazándose a la sombra. Hizo lo que siempre quiso. Descubrió y experimentó verdades profundas y placeres inimaginables: los mismos que lo arrojaron a un

abismo sin color. Hoy soy prisionero del tiempo. El gran soñador por excelencia. Él me dirá si puedo o no seguir siendo parte de su juego. Mientras eso sucede, me quedaré aquí haciendo lo que los demás.



ABSURDA PALABRERÍA

Hace tiempos escuché a alguien que decía que los ojos son la ventana del alma. Para no hacer de la conversación una tonta disputa, me hice el interesante y asentí con la cabeza. Así, de paso, creería que compartíamos la misma idea. No puedo negar, sin embargo, que aquellas palabras me invadieron de muchos interrogantes: ¿aquellos que por alguna razón nacieron sin poder ver, o que en el transcurso de su vida han perdido la vista, no tienen alma? ¿La tienen atrapadas en un lado oscuro? O simplemente, ¿sus vidas son tan vacías que no hacen uso de ella? ¿Están condenados a ir a donde los lleve el viento? Vaya, qué dilema cuando creemos sólo hablar por hablar.

Cuando ya había olvidado la controversia, y después de ganarme algunos pesos fáciles administrando el negocio de taxis de papá, decidí llevar a Helen, mi novia, a ver *Diario de una pasión*, una película “rosa” que, seguramente, nos permitiría dar un paso adelante en nuestra relación. Ya teníamos mucho tiempo juntos y no habíamos pasado de besos y agarradas de mano. Ella era muy tímida, una niña de su casa, muy educada, amorosa. Aunque lo entendí al principio, ya me estaba aburriendo. Quería acción y diversión.

Ese día me arriesgue tocar por primera vez una de sus piernas. Su reacción me sorprendió. No se molestó. No dijo nada. Mientras disfrutaba del momento, sentí que mi mano lentamente iba siendo deslizada un poco más arriba del muslo. La miré a los ojos, pero ella no podía evitar ocultar su rostro tras las imágenes que se proyectaban. Dejé que decidiera donde debía parar. Apenada, se acomodó, tomando una postura recta y dio fin a la

fantasía, o eso fue lo que me hizo creer. Al descuidarme, alzó nuevamente mi mano. Con un suave movimiento, rozó su pecho con la punta de mis dedos: una masa tibia que me erizó la piel. No supe cómo actuar: era la primera vez que me pasaba algo así. Fui a tomar aire. Ella me siguió. “Te espero en el carro”, me dijo. Había deseado ese momento, pero estaba confundido. “El mejor día de mi vida”, pensé. Corrí al auto para que no fuera a cambiar de opinión.

Cuando subí, sus ojos no eran ya los mismos. Su mirada no se correspondía con la mía. Después de todo, siempre fue partidaria de aquello de que *una mirada vale más que mil palabras*. El silencio reinó por varios minutos. Mientras avanzábamos por la carretera, sus ojos y los míos decidieron jugar al escondite. Cuando Helen alzaba la mirada, yo la tenía en el volante, y cuando yo la fijaba en ella, era ignorada por algo que estaba afuera. Así pasamos largo rato, hasta que me di por vencido y nos dirigimos a su casa. Esa clase de juegos nunca han sido mis preferidos. Aun no estaba lista para dar el paso.

Avanzados unos kilómetros, me dijo finalmente que estaba embarazada. Mi risa fue inevitable: seguramente lo había dicho para romper el silencio. Insistió, sin embargo, y me lo explicó todo. Confundido por lo que decía, me propuse ignorarla. Subí el volumen de la radio, mientras cantaba en voz alta. Helen, furiosa por mi comportamiento, lanzó un fuerte grito que me obligó a prestarle atención nuevamente. “¿De quién es ese hijo?”, le pregunté. Entre lágrimas, me dijo por tercera vez que era mío. Nuevamente solté una carcajada: esta. ¿Cuándo carajos se había metido a mi cama?

Miré la carretera fijamente mientras trataba de recordar si aquella retahíla había sucedido de verdad, pero por más que me esforzaba no lograba nada: sólo la imaginaba acostándose con otro pendejo para luego inventar semejante cosa. Cada kilómetro que avanzábamos me mostraba lo sucedido: ella, su blusa, sus pantaletas; él, sus calzoncillos, un trago, marihuana y sexo. ¡Qué carajos! Ella continuaba hablando: se esforzaba para hacerme recordar la maldita noche en la que le quité su virginidad. Le pedí que se callara, pero no lo hizo. El no querer escuchar más, me llevó a soltar el volante y lanzarme hacia ella, golpeándola. Ella suplicaba.

Por un momento, miré a mí alrededor y entendí que nos habíamos convertido en el banquete de la carretera: con solo volcar el carro a un pequeño barranco, ésta había devorado gran parte de la presa. La hambrienta vía paralizó cualquier intento de fuga. En ese momento todo acabó.

Cuando desperté, sólo escuché voces desconocidas. Traté de preguntar por Helen, por el carro, por su bebé, pero nadie escuchaba mis palabras. Alcé mis manos para que vieran que ya había despertado –incluso intenté levantarme–, pero mis piernas no obedecían. Me quedé callado. Todo estaba oscuro. Por más que intentara abrir los ojos, emitir sonido o levantarme de la apestosa cama en la que reposaba mi cuerpo, no llegaría más que al fracaso: las voces que había escuchado no eran de otros sino mías. Ahora era la angustia la que empezaba a despertar.

No pude llorar para calmar mi desesperación. Una voz de mujer se aproximó lentamente. Tomó entre sus manos mi rostro y lloró por mí. Era mamá. Se lamentaba por lo que había

sucedido: “Habrían sido unos excelentes padres, lástima que ella decidiera irse pronto”. Al salir del lugar donde los vivos están un poco muertos y la comida hiede a aliento de perro, mis padres me llevaron a casa. Transcurrieron muchos días en los que yo no pensaba, no salía, no comía, no me bañaba. Me escondía en la oscura sala de mis sentidos. Ya no hacía nada: sólo fumaba un par de cigarrillos en la mañana. Dos después de almuerzo y dos más antes de ir a la cama. Era lo único que mis manos aun podían reconocer.

Una de aquellas tardes de convalecencia, cumpliendo con mi nueva rutina, vino a mí, como eco que revienta oídos, una vieja frase que nunca logré entender. Esta vez, sin embargo, era diferente. Tal vez porque no era otra persona quien la producía, sin yo. No decía exactamente lo mismo: *ojos que no ven corazón que no siente*. Tomé lo que me quedaba de cigarro, soplé fuerte para que ardiera más rápido y lo puse en mi muñeca: “¡Vaya, otro dilema, hablar por hablar!”.

DIOS SABE COMO HACE SUS COSAS

Dios, que estás en el cielo. Bueno, según mi mamá, porque mi abuelita dice que eres mierda en la cabeza de muchos. Por favor, te pido, donde quiera que estés, y como quiera que seas, que me ayudes con la prueba de inglés que haremos mañana en la escuela. Antes de que se me olvide, te pido por la salud de mi familia, de mis amigos, del perro y la de todos los demás... Amén.

¡Carajo, carajo! Es tarde.

–Mamá, ¿por qué no me despertaste? ¿No lo sabes? Hoy nos harán la prueba... ¡Ah! ¡Cierto que tú no vas a las reuniones! Eres X en mi aprendizaje. Lo dicho: existen madres y madrecitas. En todo caso, estoy listo. Me voy para el colegio. Mamá, cuando despierte la abuela le dices que sobre su mejilla puse un gran un gajo de besos para que comparta con el abuelo y que en la cocina dejé el revoltillo corruto y el maíz chamuscado que seguro echaste por “error” en mi desayuno. Si quieres, échaselo al perro que pasa en la tienda: ese goloso si se lo come. ¡Oye! Y no toques mis cosas.

Antes de llegar a la cita con mi cruel destino – *¡green go!*–, encontré en el camino una chancleta charqueada de sangre. Tenía un estilo muy femenino. De hecho, se me parecieron mucho a las de mi mamá. Muchas preguntas vinieron a mi cabeza, pero en ese momento lo único por lo que tenía que preocuparme era por llegar rápido a la escuela, si es que no quería perder la última oportunidad que nos había dado la profesora de inglés para ganar su materia.

Encontré a mis compañeros reunidos y conmocionados en el patio. Nadie sabía lo que ocurría. Busqué caras conocidas hasta que me encontré con Mar.

–Mar, ¿por qué todos están afuera?

–Ah, eres tú– respondió ella, con tono sarcástico–. Como te parece que acabo de llegar y tengo la misma inquietud. Preguntemos a la directora Ángela. Debe saber. Hace poco la vi hablando con algunos profesores, pero cuando quise llegar ya habían terminado la conversación.

Antes de que hiciéramos movimiento alguno, una voz grave y fuerte se levantó de la multitud desorientada, decía que algún sádico hijo del mal se le había ocurrido la grandiosa idea de sacrificar perros en los pupitres del 10-04. Que los rebanaron como si les practicaran la abdominoplástia. Cortaron sus penes y se los colocaron en sus hocicos e iban pegando perro a perro, como para que satisficieran su placer de la misma forma que lo hacen algunos seres “humanos”; cortaron uña por uña como si sacar punta a un lápiz se tratara; creo haber escuchado que a los indefensos cachorros les hicieron expulsar el bulto de tripas por el pequeño agujero trasero, porque según la cirugía de la panza parecía apenas superficial. Los que tenían bello pelaje se tuvieron que despedir de el –de una forma cruel–, uno a uno iban guiando hasta el lugar del acto. Aquella voz también dijo que lo más impactante de todo lo ocurrido es que los que realizaron tal atrocidad no sintieron lástima por los pobres animales, todo lo contrario, remataron o como dicen por ahí decoraron el vasito de helado rociando excremento y orina sobre los ya fallecidos. Y lo más curioso de

esto es que parece que los malditos son una especie de sanguijuela, porque fue poca la sangre que dejaron.

Después de escuchar tan larga historia, lancé un suspiro y saqué mis apuntes. Meneando la cabeza de un lado a otro lo único que se me ocurrió decir fue ¡entonces hoy no habrá clases, que pérdida de tiempo! ¿Y alguien sabe quién lo hizo?

–No, y por eso no volverán a abrir la escuela hasta nueva orden –me respondió la misma voz pero esta vez con un tono amargo.

–En otras palabras no realizaremos prueba de inglés por varios días –afirmé con gran alegría– ¡Quién lo creyera! El dios de mamá sí existen, el muy condenado se las arregló de alguna manera para hacerme el favor que tanto le pedí. ¡Y mi abuela tanto que lo reniega!... Mar, ¿me regalas un poco de agua para borrar lo que me escribí en el brazo?

–¿Crees que esto fue dispuesto por Dios? –dijo Mar–. No me hagas reír. Él no hace estas cosas. Además, no creo que pierda su tiempo haciéndole favor a flojos como tú, y menos para que pase un estúpido examen.

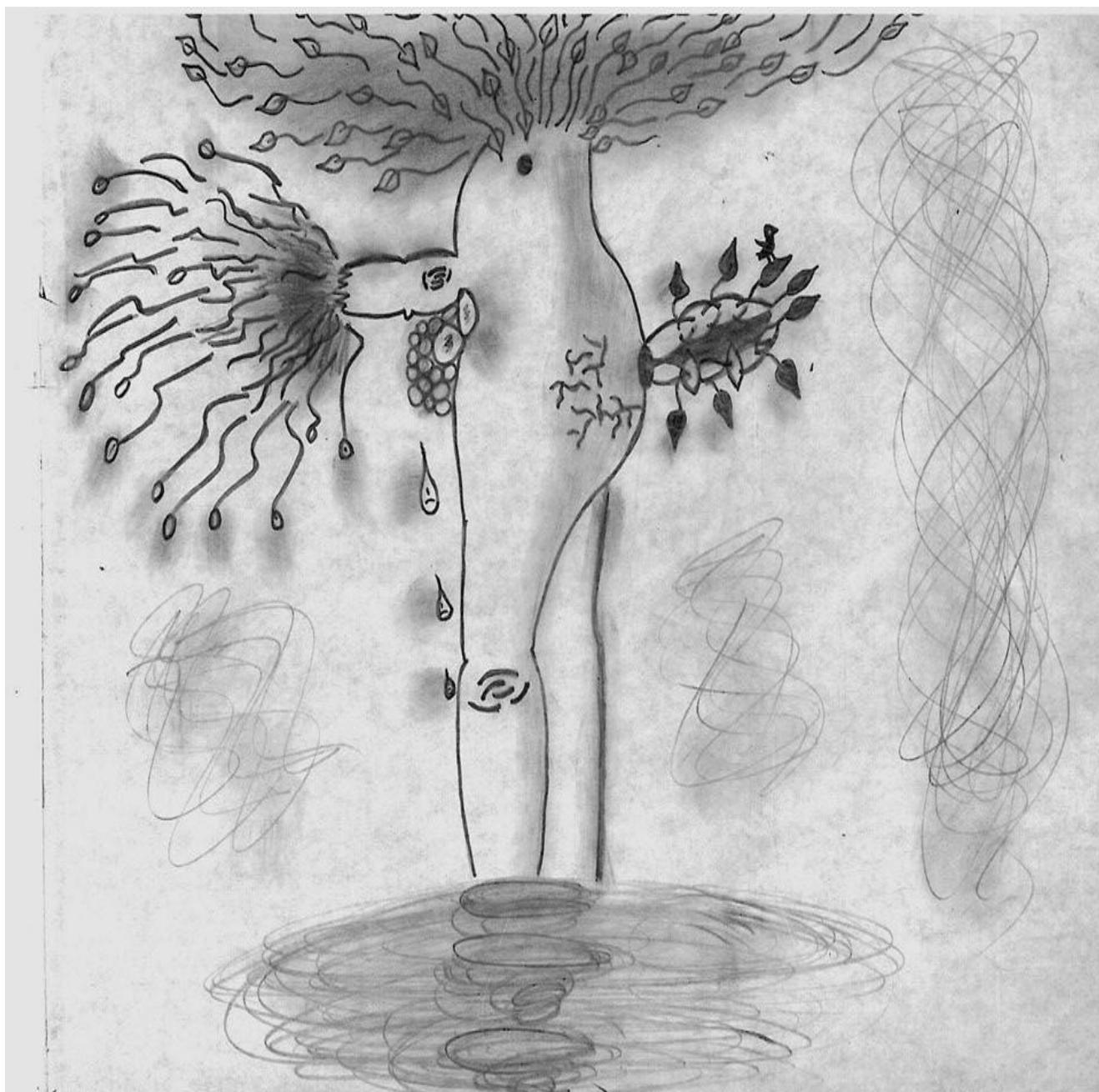
–Quién sabe si no fui el único que pidió el favor. De pronto, la petición fue muy grande, por eso tantos perros, –respondí con gran sarcasmo–.

Ring... ¡un mensaje nuevo!

–Sssshh... hice que se callará antes de que pudiera responder. Déjame leer el mensaje –
dije.

Mamá
13-06-06
06:55am

Niño dile a la maestra que si te puede realizar la prueba otro día.
Ven rápido. La abuela murió. Los médicos dicen que por causa de
llenura.



INVOCACIÓN

Ring, ring... ring, ring...

–Hola, ¿con quién hablo?

–Sssshhh

–Aló, hable claro que no se le entiende... ¿Quién es a esta hora?

–Sssshhhh

– ¡Carajo! Parece que la señal otra vez está jodiendo.

Pu, pu, pu...

Ring, ring...

– ¿Si?

–PppSsshhh...

– ¡Aja! Pa` que ponen al mudo a hablar. Deje la vaina o le va a ir mal.

Pu, pu, pu...

–So... so... soy yo papá.

Ring...

–Aló... ¿Sabe qué? Vaya a molestar a su madre. Busque oficio, maldito vago.

–So... soy yo papá. Estoy muy asustada. Ve...ven rápido a recogerme, por favor.

– ¿Mija?

Pu, pu, pu...

Extrañado y confundido, salió a la calle, sin avisar a su mujer. Enciende el auto y busca a su hija por todas las calles del vecindario. Se tarda un par de horas haciendo el recorrido. No encuentra nada, a excepción de algunos perros, gatos, ratas y cucarachas que, aprovechan la noche para hacer de las suyas.

Decide devolverse. Piensa que puede ser una broma de mal gusto de alguna de las vecinas chismosas –amigas de su mujer–.

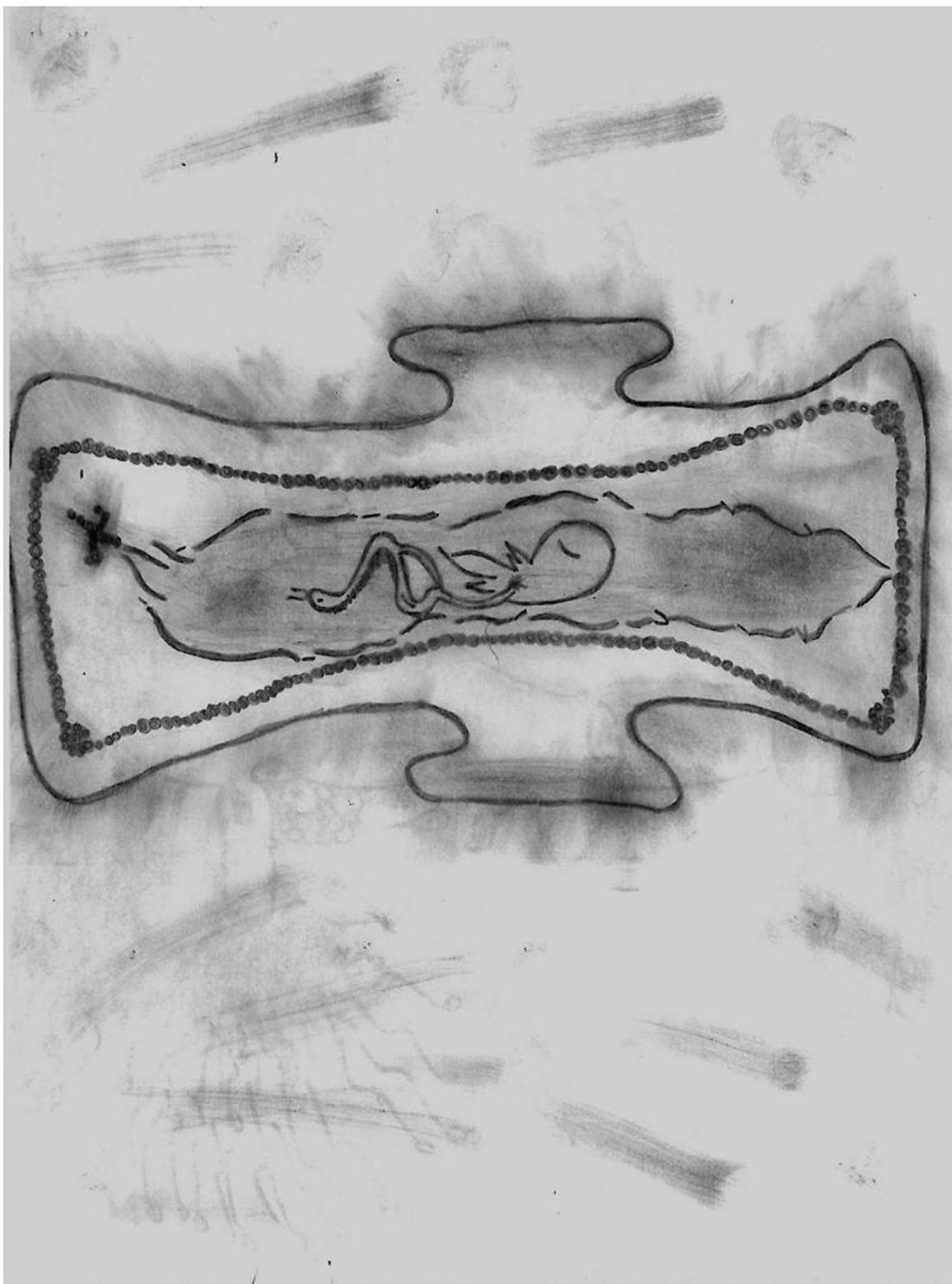
Al llegar a casa, revisa el cuarto de su hija. Esta allí, arropada de pies a cabeza, durmiendo como una morsa. Él sonríe. Todo parece marchar bien. Se va hacía el sofá ubicado frente a su cama. Acostado bocarriba, piensa por unos minutos en la voz angustiada que le había hablado en el teléfono. Se pregunta una y otra vez sobre quién podría haber sido.

En la mañana, a eso de las 6:00 un grito lo despierta. Es su mujer, quien llora desesperada, mientras suplica ayuda. Él, baja de prisa.

– ¿Qué te pasa? ¡Habla mujer! ¡Por favor, di algo!

Temblando de miedo, señaló al cesto de la basura. Ahí está su hija, totalmente desnuda, con la cabeza enterrada en los desperdicios, con sangre entre las piernas y moretones en todo el cuerpo. ¿Qué pasó? Fue todo lo que se le escuchó decir.

Los policías y médicos forenses se encargan de hacer el levantamiento del cuerpo. Al alzar pueden ver que a la chica le hace falta una de sus manos. Vacían el cesto pero no hay nada. Esto pone en alerta a los policías quienes inician la búsqueda.



LA BIEN PAGADA

“El infierno es la mirada de otros”
Sartre

Afanada, porque el tiempo sin compasión iba devorando toda posibilidad de cambio, limpió sus entrepiernas con un trapo. Cubrió sus tetas con un top negro de lentejuelas y su culo con una falda blanca, que mostraba la bondad de su ser, y salió corriendo con el único par de sandalias que tenía.

Al llegar a la calle, experimentó sensación tal vez agradable aunque decepcionante. Era la primera vez en muchas lunas que los rayos del sol rozaban su piel y podía ver la verdad de su cuerpo. Muchas cosas en ella no se veían como en su espejo: su piel se tornaba flácida y amarillenta –parecida a la de su madre–; su delgadez le permitía detallar algunos huesos sobresalientes de sus manos y pies. Las uñas las tenía un poco más largas que su clítoris.

A su paso, escuchó un estrepitoso grito venido de algunas vendedoras que acostumbraban a sentarse cerca de su casa: “¡La mercancía asoleada no vale nada!” Decidió ignorarlo, y avanzando con movimientos firmes, pronto llegó al lugar donde pensaba todo iba a ser menos infame.

Echándose la bendición, entró. Lo primero que vio fue la imagen de su señora –la santa madre de Jesús-. Hincándose de rodillas, la saludó y le dio las gracias por permitirle estar allí. Al terminar la reverencia, se levantó y dio la vuelta buscando lugar disponible donde

sentarse, pero lo único que descubrió fueron rostros furiosos y uno que otro que se ocultaba detrás de las manos. Ella ruborizada, se quedó al lado de la imagen atenta al sermón.

Deja la trampa del mundo careta y disfruta. No andes por la vida jodiendo al que se te atraviesa. Tampoco te quejes por lo que tienes. Hay otros que ni siquiera tienen nada. Ve simplemente por ahí cultivando el bien, que algún día Dios se acordará de ti y recompensará todos tus esfuerzos. Hazte enemigo de la soledad y el rencor: son mala compañía. Son como un parásito que corroe tu carne y vomita tus huesos. Y nunca te olvides de ayudar a los más necesitados. Son estos actos los que te hacen merecedor del verdadero amor de Dios.

Ahora, todos rueguen al señor por la salvación. ¡Que se escuche hasta lo alto!, y aquel que esté libre de pecados que tire la primera piedra. Yo les pregunto, hijos míos, ¿por qué se limitan sólo a ver la basura que tiene el ojo de la persona que está a su lado, mientras que a su niña no le entra luz por el relleno sanitario que desborda el suyo? Hermanos, hoy les digo: estén atentos en su actuar. Los demonios andan sueltos y a la cacería. Miren, por ejemplo, a esa mujer a medio vestir que recostada de nuestra madre oscurece su pureza. ¡Ella lleva el demonio dentro de sus piernas!

Este fue el último insulto que ella habría de escuchar del párroco. Que a su parecer era como escuchar la voz del mismísimo Lucifer. El maldito no hacía más que insultar a todo el que lo escuchaba, como si ya tuviera un pedazo de cielo comprado. Pero ese día se había equivocado de persona. No estaba dispuesta a aguantarlo. Y con voz fuerte, respondió: “¿Cree que tiene derecho a tratarme así? Y yo que venía a que me exonerara de toda culpa.

Pero con esto creo que las de usted, con todo y hábito, son mucho más grandes”. Nadie dijo nada.

En cuanto comenzó la repartición del pan y el vino el párroco se acercó hacia ella, y sin despegar la vista de sus tetas, le dijo que lo perdonara: sólo quería poner un ejemplo de la mala vida, y como ella llevaba puesto un top y una falda muy corta, era el mejor modelo del momento. Un viento de satisfacción rozó su mejilla y obligó a que continuara escuchando la ceremonia, no sin antes poner en el cordón que sostiene la sotana del sacerdote dinero.

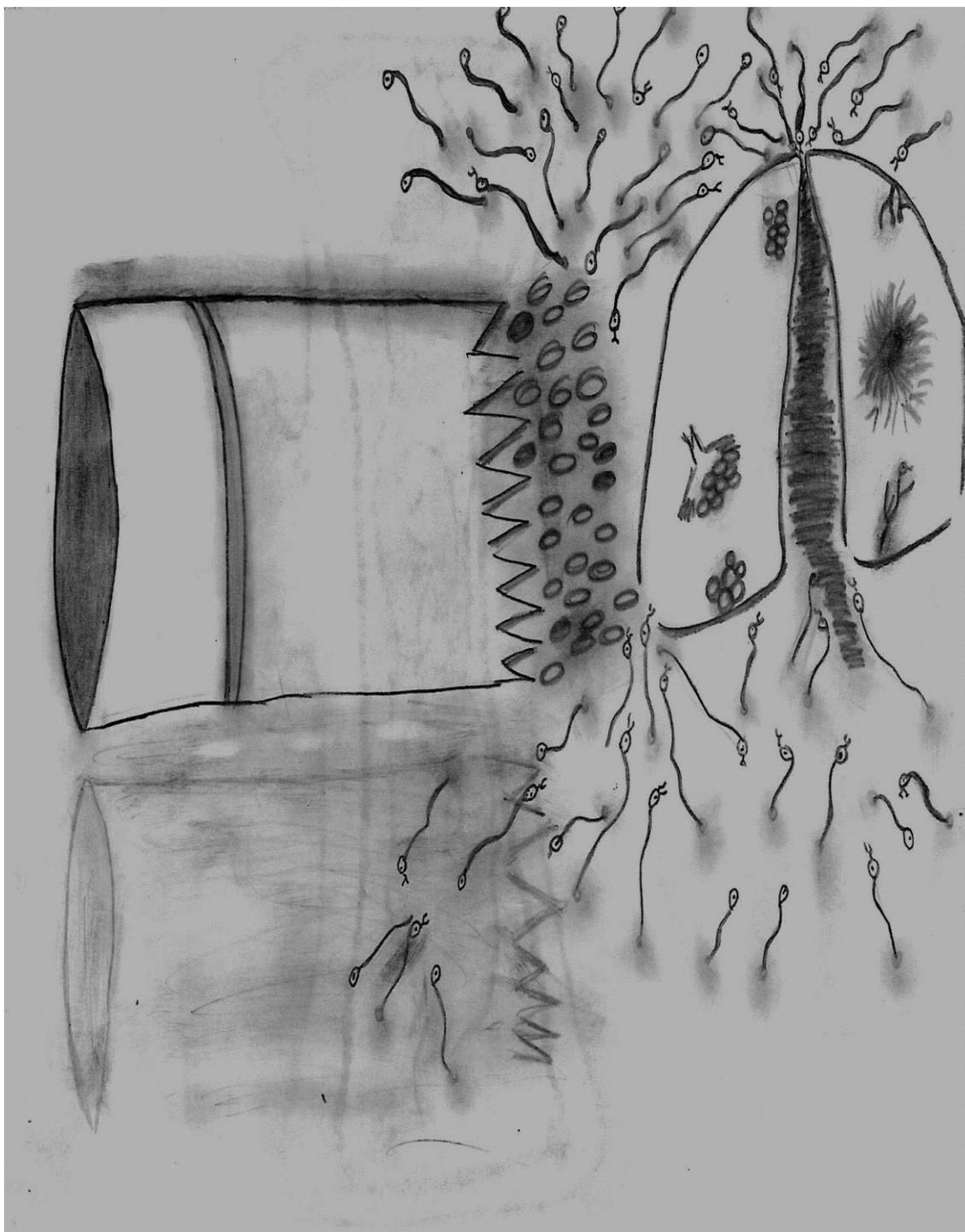
Finalizada la misa, mientras todos salían afanados, tomó una silla y se acercó hasta el altar del Jesucristo crucificado. Utilizándola como escalera, logró alcanzar sus pies. Sabía que él estaba mirando cada cosa que ocurría. Le suplicó por su alma. Ya su vida no servía. Le dijo entre lágrimas que la llevara a su lado. Ya no tenía nada que hacer en este mundo. “Un día me dijiste que volvería a ti, sí cumplía una promesa: hacer feliz a mi madre y dar a luz a la criatura que llevaba en mi vientre. Cuidarla, enseñarle las maravillas que tu Padre había creado para nosotros. Aunque no he cumplido con todo lo pactado, hoy vengo a ti, porque sé que das paz a todas almas, aunque esta fuese la más torcida. Te pido, por favor, que me des el descanso eterno.

Eres testigo de la felicidad de mi madre y de mi hijo. De un solo golpe la hice feliz. Lo sé, porque en su agonía lo único que pudo decirme fue: “Gracias”. Gracias por liberarla. Qué lástima que yo haya quedado atada a este mundo de rencor y tristeza. Al bebé no lo quise torturar. Hacerle daño era como hacérmelo a mí también. En el fondo éramos uno solo, amarrados ombligo a ombligo, sin podernos soltar. Se movía de un lado a otro como

queriendo decir algo. No obstante, ansiosa porque todo acabara, visité al brujo que le hacía los trabajos a mamá. Me dio una de sus “medicinas” asegurándome que si la tomaba toda acabarían mis problemas.

Al llegar a casa, empuñé el frasco, y de un sorbo me lo bebí. Pronto dejó de moverse. Dentro de poco tiempo yo también. Por eso vengo hasta ti, para que tengas piedad de mí, porque sólo tú, Señor, sólo tú, Altísimo Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo, puedes liberarme del yugo que me atormenta”.

Besó la imagen del Cristo crucificado, tocando su cara como si se tratara de un hombre. Desnuda su cuerpo, abrazó su imagen y cayó a sus pies. “Así como en el pasado perdonaste mis pecados y me defendiste de los abusos, así espero que pagues por mis servicios”.



TAMAR

Hombres, demonios, hombres. Sin diferencia aparente. Besos con sabor a hiel, hipócrita actitud, maldito comportamiento. Todas condenadas a servir su mesa y su cama. Esclavas de sus deseos y depravación. Precursores de pereza, lujuria y vanidad. Escalera al subterráneo, amantes de suicidas. Señores de la putrefacción y de los vahos cadavéricos. Alimentados por la carne y la sangre de los indefensos. Creadores de dioses y de demonios; de verdades y mentiras, de mí y de otras.

Cuenta la historia que en un giro del tiempo los hombres demonios decidieron divertirse con una de sus esclavas –Aquelarre inevitable–: la más virtuosa, sublime e inocente niña que, al verse descubierta, no hizo otra cosa que suplicar por su suerte. Una vez acorralada la presa sin embargo el hambriento ataca.

Obligada a permanecer desnuda, y a masturbarse en la mesa en que se servía la cena, para luego ser violada por los invitados a la misma, atada de manos y pies con fuertes cadenas y vigiladas por perros –que, según ellos, la mantendría despierta–, la niña solo suplicaba la muerte. No servía de nada, pues cada día llegaba un nuevo grupo con aberrantes deseos. Algunos tomaban su rostro y lo estrellaban contra las piedras del patio, y como esto solo provocaba algunas heridas leves, tomaban palos de robles para golpearla, hasta que vomitara sangre, una que luego ellos lamerían del suelo. Otros, incluso, se atrevieron a amarrarla por las piernas en el árbol más alto y la dejaron allí hasta que su cara se tornó morada. Una vez terminado el acto colocaron en sus pezones miles de agujas que eran retiradas días después, cuando estos estaban lo suficientemente enardecidos.

Solo la muerte suplicaba la niña. Cansados de escuchar la misma petición, decidieron llamar al zapatero para que pegara y cosiera su boca. El silencio era lo mejor.

Abandonada en la desesperanza, la pequeña dejó ir su alma, condenando su cuerpo a satisfacer los placeres de los hombres-demonios, aburridos por no escuchar siquiera su llanto o sus gritos, decidieron romper el hilo y desprender la goma que le sellaba la boca. El alma volvió entonces a su lugar, pero esta vez sin suplicas. El silencio era lo mejor.

Ofuscados por la actitud rebelde de la niña, le propusieron un juego. Lo que menos querían era que la diversión de aquel aburrido lugar se perdiera: “Si nos ganas en el ajedrez, serás dejada en libertad y nunca más servirás en nuestras tierras como esclava. Pero si ocurriera lo contrario, serás siendo torturada por la eternidad”. La chiquilla, llena de valor y sin alternativa inició y salió victoriosa, pese a las múltiples trampas que los hombres-demonios ejecutaron. Sin embargo, nadie le dijo que la promesa que le fue dada le sería cumplida. Furiosos por haber perdido la partida con un ser tan inferior, decidieron castigarla.

Acusándola de bribona, la arrastraron hasta la plaza del pueblo para que todos fueran testigos del cielo. Fue golpeada con bloques de hierro, varias de sus extremidades fueron fracturadas y la rociaron con líquido inflamable. Encendieron fuego. Nuevamente los gritos y llantos. Pero esta sería la última vez. La niña vio en las fichas del juego su salida. –En el fondo sabía que no dejarían que su cuerpo se quemara totalmente. Tomó al rey blanco y lo introdujo en un agujero de su pecho –uno de los tantos que le habían hecho los hombres-demonios– y atravesó. Al instante se desplomó.

Antes de que Mictian⁵ soplara su rostro, la chiquilla juro venganza. Desde entonces se dice que se aparece a los hombres, a quienes manipula prometiéndoles favores que nunca cumplirá. Luego los rechaza. Una vez consigue lo que quiere, terminan en la desesperación, y la única salida que encuentran es la muerte.

⁵ Dios Azteca del infierno.



CARTA A UNA MOSQUITA MUERTA

Cartagena/ Colombia.
18 de Marzo de 1988.

Hermosa mosca que naciste por error, engendrada por la escoria y parida por una puta que no hace más que revolcarse en la mierda. Una vez tuviste la oportunidad de marchar para siempre al valle del olvido, y tontamente resolviste quedarte para convertirte en esclava de tu suerte. Ahora te pregunto, ¿para qué? Tonta mil veces. Aunque sabes que no te culpo, a simple vista éste parece ser un buen lugar para vivir. Pero luego te das cuenta que sirve más para fallecer. Hasta el aire que aquí se respira (es ponzoña para los pulmones) puede causarte enfermedades incurables.

Hoy recuerdo cuando llorabas por todo. Yo, desesperado por tranquilizarte, buscaba en el desperdicio de los restaurantes comida que, a pesar de ser preparadas por cocineros expertos, no era suficiente para ti. Buscaba solución con tu madre, pero su leche parecía aún más desagradable que aquella basura. Te gustaba, en cambio que cantara canciones que, para muchos, no parecían demasiado adecuadas para un bebé. A ti por el contrario, te parecía la mejor partitura para dormir:

*Soy la magia soy la luz, un instante de eternidad, la puerta
abierta al más allá si duermes me veras. Si has llegado hasta
aquí cuídate de morir sin antes dejar terminados todos tus
sueños la vida es para luchar...*

Cuando cumpliste los doce años, entendiste que quedarte fue un error. Viste como la puta y la escoria se separaron, dejándote a ti en manos de una suciedad contaminada por

parásitos y zánganos. Solo bastó que cumplieras un año más y ya estabas trabajando en las alcantarillas de la ciudad más podrida del mundo. Sin quejarte, y con gran actitud siempre, aceptaste lo que la vida te deparaba. Nunca nadie te dijo lo injusta que a veces puede ser. Un día, cansada de los abusos y maltratos, decidiste pedirme ayuda. En el fondo sabías que yo era la única persona que se haría cargo de ti. Cuando llegaste a casa, me di cuenta cómo el tiempo te había tocado –Ya no eras una niña–. Tú cuerpo llegaba hasta mi cuello: redondos senos que parecían dos duraznos y un voluminoso trasero que, al moverse, me decían: “¡Tócame. Golpéame. Somos para ti!” Vaya que era tormentoso verlos moverse de un lado a otro.

Acostumbrabas a cambiarte de ropa mientras yo dormía. Tirabas tus interiores encima de mí, como si quisieras que te conociera más a fondo. Un día aproveché y me robé una de esas lindas pantaletas de flores –sólo para tener un recuerdo tuyo en esos días de calentura– No era suficiente, sin embargo, acariciar un trapo. Yo quería algo real. Te quería a ti.

Una vez que esto ocurrió, te advertí que no lo hicieras más. Ibas a ser culpable de una desgracia. No me creíste y te echaste a reír e incluso desnudaste todo tu cuerpo con la excusa de que no tenías nada que ocultar, que lo tuyo era algo natural.

“¡Carajo, carajo es tu sobrinita!” Me dije toda la noche, mientras me echaba agua fría.

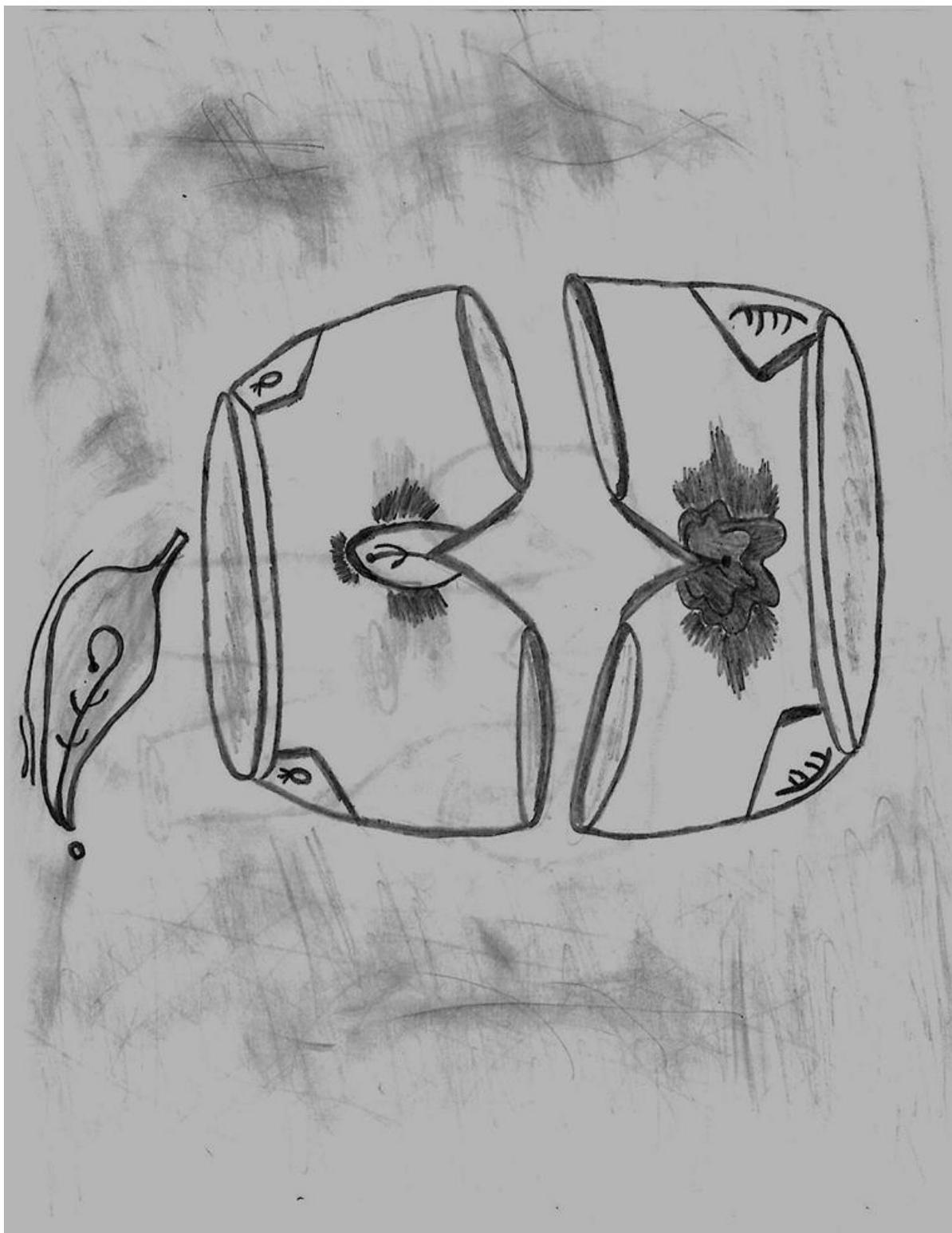
Pasaron los días y continuabas cambiándote, mientras yo me hacia el dormido. Jueves 17 de Marzo. No aguanté las ganas que tenía de tocarte. Me levanté y te grité “¡sales ahora o no sales más!” Ignoraste mis palabras, como siempre. Decidí obedecer, pues, mis instintos. Me lancé Hacia ti como lo hice con mi madre. Exprimí tus duraznos hasta sacar todo el jugo. Golpeé tanto tu culo que ya no volverás a sentarte sobre ellos. Gritabas de dolor. Me

decías que te dejara, que eras mi sobrina. Eso ya no me importaba. Continué hasta que se me acabaron las fuerzas. Para entonces ya tú no decías nada. Un silencio amargo arrojó la habitación. Una lágrima bajó por mi mejilla y un charco de sangre se extendió sobre la cama.

Cuán arrepentido estaba de mis actos. Te levanté y te dejé en el patio para que las ratas también comieran. A la mañana siguiente, cavé un agujero al lado del de mi madre. Allí solía guardar todos mis remordimientos. No entrabas totalmente, así que me tocó desmenuzar lo que sobraba. Algunas partes que me parecieron que eran buenas para cocer me las quedé y las preparé en el almuerzo.

Con mucho cariño te escribo ahora estas líneas. Me despido de ti. Antes, sin embargo, quiero dejar claro que lo que pasó fue porque tú lo quisiste. ¡Ah! Siento mucho no haber hecho un epitafio. Te lo merecías, pero no quiero que mi patio parezca un maldito cementerio. Espero que con esta carta baste.

Con amor, tu tío.



NO DUERMAS

Hoy morirás, yo te mataré. Primero, introduzco mis manos en tus ojos, jalo tan fuerte que saltarán hasta mi plato para luego rociarlos con mermelada de piña –de esta forma tomarán un sabor más agradable–. La sangre que brote la recogeré en una botella plástica, luego la preparo como morcilla. Te corto el cabello, lo tiro a la basura, debe tener caspa si no es que el tiempo le ha quitado su sabor. De las orejas ni hablar, se las doy de comer al gato, él se come cualquier porquería. Los pezones, los guisaré con parte de tu culo: verduras, salsa picante y unas buenas papas harán de ellos una maravilla –solo pensar lo bien que quedaras se me saliva la boca. Repartiré las sobras con los chicos de las parcelas de al lado finalmente ellos nunca diferenciarían entre tu carne y el desperdicio que acostumbran a comer.

Esto era lo que yo –atrevido– decía en voz alta a mi abuela, mientras golpeaba mi cuerpo con el manduco de lavar la ropa. Contaba paso a paso todo lo que haría con ella mientras durmiera. Cada palabra la enfurecía; a mí me llenaba de placer. Continuó golpeando con todas sus fuerzas hasta lograr sacar sangre de mis piernas. Al anoecer, me tiró al patio como un perro. Lo único que dijo fue que estaba castigado por dos días sin comer y sin cama tibia –todo por tomar sus mangos e insultarla mientras me reprendía–. Pero en el fondo los dos sabíamos que lo único que sentía era pánico porque todo lo dicho podría efectuarse mientras todos dormían.

Simplemente, me había convertido un chico quien no se puede confiar. Y todo porque en un día cacería sin querer apunté a mi hermano que se escondía en el árbol de níspero, la

bala de la escopeta tomó como punto blanco su cabeza, de inmediato murió. Asustado corrí a la parcela y no dije nada. Buscaron toda la noche sin obtener resultados. A la mañana siguiente, los perros encontraron a mi hermano colgando del árbol. Abuela identificó la bala, no obstante no quiso denunciar mi acto ante las autoridades. Entre los dos hicimos santa sepultura y guardamos el secreto a mamá. La excusa que dio la vieja es que unos tipos lo habían secuestrado. Mamá, desconsolada corrió a la ciudad a buscar ayuda. Hace mucho tiempo no viene.

La primera noche durmiendo fuera de la casa, según el castigo impuesto por mi abuela, muchos zancudos picaron mi cara y piernas, el fuerte frío hacía que los huesos me dolieran; sin embargo a la segunda noche ya estaba preparado. Descansé como nunca antes, la luna y brisa helada mecieron mis sueños. Mis pupilas fueron forzadas a abrirse por el fuerte sol a eso de las 7:00 am. Además un fétido olor a tripas podridas bañaba mi cuerpo. Esperé a que la abuela saliera para que me diera algo para desayunar, pero parece que el tiempo ya la había acabado.

BIBLIOGRAFÍA

Referencias citadas:

Duran, G. (1997). Textos escogidos, precedidos por el ensayo <<El libertino y la Revolución>>. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.

Nietzsche, F. (2006). Así habló Zaratustra. Recuperado de:
<http://www.enxarxa.com/biblioteca/NIETZSCHE%20Asi%20hablo%20Zaratustra.pdf>

Quincey, T. (2011). Del asesinato considerado como una de las bellas artes. Recuperado de:
http://www.edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/Q/Quincey,%20Thomas%20-%20Del%20asesinato%20_1.1_%5Brtf%5D.pdf

Rilke, R. (1993). *Cartas a un joven poeta*. Barcelona: Editorial Anagrama. Pág. 44.

Shelley, W. (2006). *Frankenstein*. Random House Mondadori, S.A.

Teillier, J. (2003). Actualidad de Vicente Huidobro. Rescatado de:
http://www.vicentehuidobro.uchile.cl/ensayos_jorge_teillier.htm.

Vargas, Ll. (2011). Cartas a un joven escritor. Recuperado de:
<http://www.everyoneweb.com/WA%5CDataFilesluismartintrujillo%5CCartasaunjovenovelistamariovargasllosacarta1.pdf>

Referencias consultadas:

Barthes, R. (2004). *Crítica y verdad*. México: Editorial Siglo veintiuno. Pág., 14-15.

Eco, U. (2011). *Confesiones de un joven novelista*. Recuperado de:
<http://es.scribd.com/doc/86699289/Confesiones-de-Un-Joven-Novelista-Umberto-Eco>

Elles, López. (2012). “Poesía incompleta: palabras rescatadas del humo”. En revista *Visitas al Patio*, N°6, 167-179.

Forero, H. (2011). *El Concepto de mimesis en Aristóteles*. Recuperado de:
<http://blogs.elespectador.com/elmagazin/2011/07/15/el-concepto-de-mimesis-en-aristoteles/comment-page-1/>

Ostfeld, B. (2006). *Creación “Psicológica” y “Visionaria” arquetípica. Una perspectiva desde la psicología analítica junguiana*. Recuperado de: *Revista Recre@rte* N°6 Diciembre 2006 ISSN: 1699-1834 <http://www.iacat.com/Revista/recrearte06.htm>.

Paba, Norman. (2011). “Algunas imprecisiones sobre la poesía”. En revista *Visitas al Patio*, N°5, 213-221.

Uribe, Camila. (2011). “Manifiesto del sugestionador de vampiros: pathos de un instante poético”. En revista *Visitas al Patio*, N°5, 201-211.